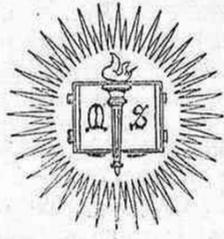




Ilustracion Artística



Artística

Año XXI

← BARCELONA 3 DE MARZO DE 1902 →

Núm. 1.053

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



TRANSICION,
acuarela de Jacinto Espinal

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea. Pinceladas de literatura*, por Emilia Pardo Bazán. — *Transición. Nieves*, por Luis Ruiz y Contreras. — *La «Virgen de mármol»*, por Rafael Ruiz López. — *La Sociedad de Conciertos Lamoureux en Barcelona*, por Pedro Coll. — *Congreso panamericano celebrado en Méjico*, por S. — *Nuestros grabados. Miscelánea. Problema de ajedrez. El pasado de una madre*, novela. — *El cuerpo de bomberos y el servicio contra incendios en el Japón*, por Federico Leybold. — Libros enviados a esta Redacción.

Grabados. — *Transición*, acuarela de J. Espinal. — *Nieves*, dibujo de Triadó. — *El baño*, cuadro de J. M. Tamburini. — *La «Virgen de mármol»*, dibujo de F. S. Covisa. — *Carlos Lamoureux. Camilo Chevallard. La orquesta de la Sociedad de Conciertos Lamoureux. Méjico. Congreso panamericano. Salón de sesiones y antesala del mismo. El espejo de Venus*, cuadro de Burne-Jones. — *La procesión del Corpus en un pueblo de Italia*, cuadro de F. P. Michetti. — *Medallón, monumento y casa natal de Victor Hugo. El servicio contra incendios en el Japón. Gloria*, cuadro de A. Torres Fuster. — *Boceto de pintura decorativa*, obra de E. C. Brewer.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

PINCELADAS DE LITERATURA

Nadie negará que es de palpitante actualidad la huelga. En Barcelona no creo que se piense en otra cosa, y aquí de otra cosa no se habla. Pero ¿es acaso fácil tocar, en una crónica, como de pasada y por juego de la pluma, este asunto verdaderamente magno?

Y además... Cuando se tocan asuntos semejantes sin espacio ni meditación suficientes, se cae en la gastada enunciación de los lugares comunes, cien veces mascados y remascados en la conversación, aborrecibles ya, como música amanerada de organillo. Cada cual piensa haber realizado notable descubrimiento, al proponer lo mismo que a la misma hora están proponiendo veinte mil *estadistas* de su calaña... El uno quiere arreglarlo todo con mucha caballería, mucha infantería y mucha artillería, sin prescindir de la guardia civil y policía consiguientes; el otro tiene suma confianza en discursos, conferencias y artículos; alguno habla de soltar las mangas de riego; éste es optimista cerrado, con vistas a Jauja; aquél pesimista tétrico... Ya se los sabe uno de memoria.

Por otra parte, la suspensión de garantías es un tapabocas, y me atengo a la legalidad. No he de decir de la huelga sino lo que se suele decir en los partos: «Dios les dé una hora cortita y feliz.»

* *

No pudiendo dedicar espacio a los sucesos de Cataluña, lo dedicaré a algo bien catalán y reciente y pacífico: a un libro que acaba de ver la luz en Roma. Débese a la pluma del joven escritor José León Pagano, y aunque lleva este título *Al través de la España literaria*, en subtítulo, sobre la figura modernista que decora la portada, leo «Los catalanes», y debajo encuentro una especie de índice sugestivo: Angel Guimerá, Pompeyo Gener, Juan Maragall, Jacinto Verdaguer, Narciso Oller, Apeles Mestres, Ignacio Iglesias, Francisco Matheu, Santiago Rusiñol, Alejandro Riquer: la lista completa.

José León Pagano tiene anunciado otro tomo, de castellanos..., digo mal, de provincianos, porque acaso, entre los que vamos a salir allí a plaza, no haya ninguno nacido en Madrid y pocos lo serán en alguna de ambas Castillas. — Pero así como principió a conocer a España por Cataluña, tratando y estimando a sus hijos ilustres, también la Cataluña literaria comenzó la obra, para nosotros altamente beneficiosa, de difundir en los países latinos extranjeros noticias de nuestra vida artística é intelectual.

* *

¿Extranjeros he dicho? Pues qué, ¿en España andamos tan enterados de lo que sucede en Cataluña, en la Cataluña que piensa y trabaja con el cerebro? ¿Tenemos tan presentes los nombres que componen el índice de Pagano? ¿Se han familiarizado de tal manera los oídos con ellos, que el libro del escritor italiano sea para nosotros una lectura de lujo?

Creo contarme en el número de las personas menos mal informadas del movimiento intelectual catalán, porque me gusta, en general, estar al corriente — sin otras tensiones — de lo que se hace en el mundo; con más razón en un mundo que tengo tan próximo y que forma parte de mi patria. No es mi ignorancia de la literatura catalana tan supina é invencible como la de la inmensa mayoría de los españoles que, *no obstante*, se ocupan en cuestiones literarias; y con todo eso, el libro de Pagano me va a enseñar mil cosas interesantes y que en artículos dispersos nunca se aprenden.

Encabeza la obra una discreta Introducción destinada a dar sucinta idea de los orígenes históricos de la literatura catalana. Siguen los estudios críticos, precedidos de retratos, y henchidos de curiosas observaciones, de interesantes detalles, con esa abundancia de información íntima que sólo contienen los libros que no son *de libros*, sino que han nacido de la frecuentación asidua y estudio cariñoso de personalidades, caracteres y costumbres.

Así, por ejemplo, a los catalanes que conozco y trato — y no son muchos, porque repito que en este particular el joven italiano está mejor enterado que nosotros, — a los catalanes que conozco y trato, repito, los encuentro en las páginas de *Attraverso la Spagna letteraria* enteramente conformes con la imagen que en mi mente conservo. Ahí está Angel Guimerá, en la redacción de la *Renaixensa*, emboscado tras sus lentes, parecido física y aun moralmente a Galdós — de quien es paisano, mal que le pese a tan decidido catalanista. — No estoy, sin embargo, conforme (¿pero cuándo sucederá que se esté enteramente conforme con un artículo crítico?) en que el teatro de Guimerá carezca de tradición. El teatro de Guimerá es romántico — como es romántico el de Echegaray, y esto no quiere decir que ambos dramaturgos se parezcan.

* *

A otros, a los que personalmente no conozco — como a Jacinto Verdaguer, — me agrada verlos al través de la benévola y simpática impresión que se adivina han producido en el espíritu de Pagano. Y ya que digo esto, añadiré que no comprendo libros del género del de Pagano si no los baña é impregna la más ardiente simpatía. — No vale la pena de ir a un país, dedicarse a saber lo que en él acaece, trabar amistad con las personas que en él significan y valen, leer libros, tomar notas, para salir luego con que todo aquello nada importa, y que era igual, ó preferible, no haberse molestado. Los iniciadores y vulgarizadores de literaturas, como Melchor de Voguie y como ahora Pagano, necesitan encontrar deleite y manantiales de admiración en lo que divulgan; necesitan enamorarse del asunto que tratan, y comunicar su amor, contagiar al público, propenso — cuando sólo se le muestra el reverso del tapiz, los defectos y máculas que presenta todo, al mirarlo con ojos displicentes y severos — a creer que ya debe pasar de largo. Por otra parte, la crítica moderna, subjetiva, presta inmensa libertad para el elogio. Si estamos satisfechos y experimentamos un indiscutible goce, ¿quién puede regatearnos el derecho a comunicarlo y transmitirlo?

* *

No es, pues, extraño que el autor del libro a que voy refiriéndome manifieste entusiasmo sin límites hacia la literatura catalana y sus primates. En ellos encuentra y descubre Pagano algo más que el mérito de la forma, dejando traslucir que los ideales de independencia y progreso que palpitan en el fondo de esa literatura le subyugan y atraen.

«Apeles Mestres — dice el joven escritor, — como todos los catalanes, es de opinión que en Cataluña la poesía cuenta con más y mejores cultivadores que en el resto de España. «De cierto — me decía — estamos por bajo del resto de Europa, pero también por cima de las demás regiones peninsulares.» Este criterio, a mi parecer muy necesitado de restricciones y distingos, no andará desacorde con el de Pagano; en su espíritu ha debido grabar honda huella el espectáculo de un país realmente distinto de la clásica España inerte para los negocios, refractaria al soplo y que poco a poco va sumiéndose en las nieblas de su ocaso.

* *

Si tuviese que poner defectos al libro, diría que gusto poco del sistema de *interviews* y que cada día me convencen menos las descripciones de interiores y los retratos a la pluma, ligeros, amables y lisonjeros, porque así tiene que ser. La crítica es otra cosa; es ante todo apreciación de *la obra en sí*; de su valor estético, de su puesto propio entre las demás afines en el momento en que aparece. Y esta manera mía de comprender la crítica es la misma de Pagano, que no sólo la emplea a veces, sino que lamenta que las exigencias de la información para una Revista le hayan impuesto el método de la *interview*. ¿Qué suele recogerse en esas *interviews*, francamente? La impresión de un paisaje ó un edificio; la forma de un mueble; el color de un cortinaje; la expresión de una manía personal, sorprendida en el gabinete de trabajo; la noticia de que éste escribe en un gabinete

tranquilo y aquél sobre la mesa de un café ó de una redacción bulliciosa... He ahí lo más que de una *interview* suele deducirse, amén de la exposición de las ideas críticas de escritores que no son críticos, y que hasta pueden, sin dejar de valer mucho como artistas, carecer de instinto y olfato crítico, y aun de criterio.

Como otras cosas, la crítica se ha renovado, y ha considerado directamente su objeto y fin. Aun cuando lo más interesante en la obra de arte fuese el *hombre* que la produjo — lo cual a mi juicio está por demostrar, — todavía podemos discutir si las *interviews* nos muestran al *hombre*. Sainte-Beuve, que estudió como nadie la individualidad en la obra escrita, no procedió, ni hubiese comprendido que se pudiese proceder, por este sistema precipitado de la fotografía instantánea. Nada más lento, delicado y minucioso — a la holandesa — que el procedimiento de Sainte-Beuve. Y la base de su crítica, el eje de su estudio, al través del individuo, es siempre *la obra en sí*.

Esto que voy diciendo, repito que no envuelve una censura a Pagano. Le creo capaz (y me fundo en pruebas, en páginas ya existentes) de ir mucho más allá de la *interview* literaria, según los moldes de este género, a mi ver bastardo y de seguro bastardo, por las necesidades y hábitos de la publicidad moderna.

En resumen, la obra es interesante, útil, y han de agradecerse a su autor y a la Revista que la inspiró, no sólo los catalanes, sino todos los amigos del saber.

* *

Acaso es necesario, en el inmenso desarrollo que ha adquirido la crítica, la cual, como la historia, va siendo *ciencia de ciencias* y además *arte de artes*; acaso es necesario, repito, que exista todo: desde el suelto elogioso hasta el insolente *varapalo*; desde el artículo deshvilvanado y a *côté*, como dicen los franceses, hasta la monografía honda y seria; desde la *interview* impresionista y personalizadora, hasta el análisis directo y fibra por fibra del libro ó de la obra de arte. Todo hace falta, y todo abunda en los países donde se lee. Aquí (será monótona la queja, a fuerza de repetirse, pero ¿cómo no quejarse de un dolor continuo?), aquí no se lee, ó se lee cada día menos. Nuestra librería vive de milagro, sostenida en el aire por un alambre como las Voladoras. La lengua castellana — que hablan todavía, sobre la superficie del globo, tantos millones de seres — no es leída. ¿Cómo ha de serlo la catalana? Si fuese cierto, según afirma Santiago Rusiñol, que en las letras catalanas late un espíritu moderno que en las castellanas no existe, tanto peor para los que poseen el espíritu en un frasco y no pueden quitar el tapón y dejar que la esencia se esparza.

EMILIA PARDO BAZÁN.

TRANSICIÓN

ACUARELA DE JACINTO ESPINAL

La circunstancia de ser esta la primera vez que el nombre de Jacinto Espinal figura en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, nos mueve a dar a conocer algunos datos biográficos de este joven pintor. Nació Espinal en Barcelona de familia humilde, y sus padres, creyendo que sería una carga pesada para ellos, por presentar su hijo una mudez nativa, le hicieron ingresar en la Casa de Caridad. Dotado de clara inteligencia y de un carácter sumiso y bondadoso, aprendió con facilidad suma cuanto en aquel benéfico establecimiento, en donde ha permanecido quince años, le enseñaron, especialmente el dibujo y la pintura. Allí le emplearon para trabajos ornamentales de iglesia y otros análogos, hasta que un día el inteligentísimo pintor, nuestro paisano D. Tomás Moragas, al verificar allí una de sus visitas artísticas, se asombró del talento que revelaban las obras de Espinal, y entusiasmado acogióle en su taller y le hizo entrar luego en nuestra Escuela de Bellas Artes, aprovechando de tal manera el alumno los consejos y las lecciones que se le dieron, que en las oposiciones verificadas en 1900 alcanzó el premio de la «Bolsa de Roma», juntamente con la primera medalla en la sección de Dibujo del Natural. A instancias de sus admiradores, expuso Espinal sus bocetos, apuntes y trabajos a la aguada en el Salón del periódico «La Vanguardia», llamando poderosamente la atención del público y mereciendo calurosos elogios de la crítica. Desde entonces, las apremiantes atenciones de su hogar y de la familia que se ha creado le han arrebatado un tiempo precioso que debiera haber empleado en estudiar en Roma los grandes maestros antiguos y modernos. A ello tienden actualmente sus esfuerzos, secundado por el valioso apoyo de algunas personas que se han mostrado resueltas a que no se malogre por falta de recursos un temperamento artístico de la valía del que nos ocupa.

La acuarela de Espinal que reproducimos demuestra con mayor elocuencia que pudieran hacerlo nuestras palabras las excepcionales aptitudes de su autor: esa transición del llanto a la risa está tan admirablemente expresada en el infantil rostro, que más que de un pintor que se halla en los comienzos de su carrera, parece obra de artista consumado y encanecido en el cultivo de la pintura.

Otras producciones que iremos dando a conocer probarán también que el joven Espinal cultiva con igual maestría los géneros más diversos.



Dos días y dos noches pasó ajustando rimas, frescas y abundantes, robustas y jugosas.

Tanto como apagada y enteca su figura, era lozana y ardorosa el alma de Gelasio.

Poeta de corazón y entendimiento, sus versos destilaban miel y bíblicos aromas, amores deleitosos y magníficas voluptuosidades, alegrías dulces y silenciosas, gozadas con los ojos cerrados en ese mundo íntimo apenas revelado por un leve susurro.

Gelasio cepilló cuidadosamente su traje raído, sus botas rasgadas y su hongo mugriento; guardó sus versos en el bolsillo de su levita, y saltando los escalones de tres en tres ganó los ciento cuarenta que separaban la calle bulliciosa de su nido solitario.

Eran las ocho de la mañana de un día 5 de agosto. El sol proyectaba sobre la tierra sus ardores, y la quietud del aire parecía una cruel amenaza; la transparente atmósfera, brillando como si en ella se produjese incesante chisporroteo, parecía también quebrarse y crujir con ese ruido especial de un horno que se enciende.

La Virgen de las Nieves prometía un calor insupportable. Gelasio, cuyo cerebro estaba tan abarrotado por ideas alegres como su estómago vacío de alimento, escurriéndose por una y otra calle salió a la carretera, blanca, polvorosa y desprovista de toda vegetación. A uno y otro lado tierras estériles y rocas peladas; y allá, en el horizonte lejano, una línea verdinegra y una vivienda señorial.

Con religiosa fascinación miraba Gelasio aquellas pizarras brillantes donde se quebraban los rayos del sol, aquellos árboles frondosos a cuya sombra vivía Nieves, la mujer ideal, aristocrática, el único y majestuoso encanto del poeta.

Y en una marcha forzada, como el vuelo de una golondrina que avanzase á flor de tierra, Gelasio llegó, fatigado y sudoroso, á la verja del jardín.

Oíanse alegres risotadas, agudas voces de mujeres, ecos de confusión bulliciosa; la felicidad, la frescura, todos los encantos de la vida, se habían cobijado allí, á la sombra de los pinos; y el poeta llegaba también á reclamar su parte de gloria en aquel animado concurso; formaría en el coro de admiraciones que rodeaban á Nieves, ofreciendo á su diosa una prueba más de su constante, invencible, candoroso apasionamiento.

Entre los vestidos elegantes de las mujeres y los trajes correctos de los hombres, cayó aquella levita parda como una mosca en el manto blanquísimo de una virgen, como un lamparón grasiento en el corpiño preparado para el festín. Era una inesperada nota discordante que desentonó el armonioso conjunto y se hizo sentir desagradablemente.

La señora tendió su mano al infeliz, y aun esto produjo en la concurrencia especial asombro; pareció demasiada solicitud aquella débil muestra de cortesía. Entonces Nieves dijo á sus contertulios, de pronto entibiados y silenciosos:

— Presento á ustedes un apasionado mío; un poeta. Gelasio recogió la frase vana como un canto celestial. Nadie se inclinó para saludarle, y él hizo una profunda reverencia.

— Vengo á ofrecer á usted en este día, señora, el tributo de mi devoción. Un poeta sólo puede ofrecer sus inspiraciones y su vida. Mi vida es de usted, porque sólo de su recuerdo vivo; mis apasionadas inspiraciones quedaron perdidas en este papel.

Y alargando los versos que sacó del bolsillo de su levita, inclinóse con mucha humildad. Su gusto hubiera sido arrodillarse á los pies de la diosa y orar.

Aquella figura divina irradiaba para él todos los consuelos imaginables.

Los hombres murmuraron, pero algunas mujeres comprendieron el encanto de tan sinceras adoraciones.

— ¡Una poesía!.. ¿Quiere usted leerla?

— ¡Sí, sí!, clamaron las más jóvenes.

— La sé de memoria, dijo el poeta.

Y comenzó á recitar con dulces y apasionadas entonaciones.

Las mujeres aplaudieron. Había circulado, envolviéndolas, una ráfaga de amor. El hombrecillo de la pardusca levita, de las botas rasgadas y el hongo mugriento obtuvo un triunfo que solamente al genio es dado conseguir. Pero sobre aquellas femeniles emociones, los hombres con sus burlas pronto lanzaron una ráfaga de frío; y sobre aquel sentimiento ardiente y puro, la vanidad formó una corteza dura.

Tan fugaces fueron las dichas del poeta; sus inspiraciones pasaron como la nube arrastrada por el viento, y quedó allí su figura mortal enteca y apagada, su levita raída... El hombrecillo hacía reír á las mujeres triviales y marmóreas.

Nieves obsequió á sus invitados con lindos capullos de rosa que sus dedos prendían en los ojales, y Gelasio temblaba, siendo ya el único á quien la distinción honrosa no había llegado. Estuvo en riesgo de caer, desmayándose, cuando las tijeras de oro cortaron un capullo más y la mano de Nieves tendióse para ofrecérselo, acompañándolo también de una sonrisa... Pero recogió la flor otra mano, y un hombre dijo:

— ¿Flores al poeta? ¡No! Ya tiene un jardín en su cerebro. A los poetas les agrada, más que un capullo, un panecillo.

Una risotada fiera, tempestuosa, resonó en el espacio. En los ojos del hombre que hablaba, como un relámpago, brilló una luz siniestra.

¡Oh! Aquel miserable tenía celos del otro miserable. ¡Qué miserias tan distintas, y cómo lucharon un momento en el corazón de Nieves!

Venció la miseria del alma, y Nieves apoyó su brazo en el brazo que le ofrecía su amante.

— ¡A comer! ¡A comer!, gritaron todos.

— ¡A comer! ¡A comer!

Gelasio quedó petrificado, solo. Viendo en marcha el cortejo alegre, ni pensaba ni se dolía siquiera de su desventura. Con los ojos muy abiertos, rígido, esperó la muerte. Como si hubiera sentido que se desplomara todo en su derredor, sólo extrañaba que su fin tardase. Un golpe rudo en la cabeza; el mundo que, al rodar fuera de su centro, cayera sobre sus hombros débiles.

Un criado se acercó muy correctamente, diciendo:

— ¿El señor no quiere sentarse á la mesa? Ya comenzaron á servir.

— Gracias, contestó el poeta. Dígame usted á la señora que sólo vine á felicitarla, y me retiro.

A duras penas pudo contener sus lágrimas. Y al salir de aquel paraíso, arrojado por la soberbia de los infames, cogió una rosa, un capullo como el que Nieves le ofrecía, y haciendo esfuerzos para no caerse, desde la carretera blanca y polvorosa volvió los ojos hacia donde resonaban, más alegres que antes, voces agudas y femeniles entre roncós bramidos.

¡Era una criatura fascinadora, insensible como una estatua griega! Era un delirio, un amoroso delirio. Ella, Nieves, no lo sentiría jamás; pero ¿cómo arrancarlo del cerebro, del corazón, que lo habían

formado? Ella vivía para los vanidosos, para los insubstanciales que la rodeaban; su delirio era sólo para él.

Y aspirando los perfumes de la rosa parecíale sentir el perfume de la mujer sin alma... Una dulce voluptuosidad le invadía...

Llegó al puente y se detuvo; le atrajo el murmullo del agua; el aire, allí más puro, le consolaba con suave frescura... Una mujer, lavando á la orilla, cantaba dulcemente.

Gelasio aspiraba con afán el perfume de la rosa, último recuerdo, última devoción..., y el canto de la joven se confundía con sus delirios.

La rosa cayó al agua, y la mansa corriente la condujo poco á poco á la orilla. Gelasio vió la mano que se tendía para cogerla, y tembló. Aquella mujer humilde le miraba llevándose la flor á los labios, y parecía decir con sus alegres ojos:

— ¿La quieres? Ven á buscarla.

¿Iría? Sintiendo la ternura de aquella mirada y las palpitations de aquel inocente corazón, la estatua griega, Nieves, le pareció menos hermosa, menos adorable, menos atractiva. El mármol palideció, la sangre caliente brillaba con su rojo intenso. Una ráfaga de vida iluminó el rostro del poeta.

¡La vida, esa vida que no saben comprender los infelices que no aprendieron á sentir!

LUIS RUIZ Y CONTRERAS.

(Dibujo de Triadó.)

LA «VIRGEN DE MÁRMOL»

— ¿Quién quiere la suerte? ¿Quién la quiere?

Y la voz, argentina y suave, salía de su boca modulada dulcemente, llevando en sí algo de caricioso y tierno.

Era garridísima morena de ojos rasgados de ardiente mirar, pecho ampuloso, vigorosa la línea de las caderas y andar airoso y resuelto. Cuando se acercaba á cualquiera, con garbo y donaire, mostrando sus labios rojos sonrientes y sus dienteitos iguales y blancos, con la mano derecha apoyada en la cadera y la izquierda llena de billetes de lotería, ofreciendo «el de la suerte», entraban verdaderos deseos de hacerse parroquiano de tan gallarda moza.

Tenía siempre una frase picaresca y oportuna para despedir á los moscones que la rondaban impulsados por el deseo de rendir aquella fortaleza apetitosa é indefensa. A las proposiciones y á las protestas de amor que solían hacerle los señoritos libertinos, que la asediaban con galantes floreos, respondía siempre que ella no había nacido para tanto ni sus pretendientes para tan poco, acabando generalmente su discurso invitando á sus adoradores á comprar «el de la suerte.»

El desvío con que acostumbraba á recibir las más ardientes declaraciones amorosas y las proposiciones más deslumbrantes, acabó por conquistarle un mote. Los alegres pollos que procuraban rendir aquella plaza, aguijoneados por un deseo jamás satisfecho y por consiguiente siempre vivo, dieron en llamarle la *Virgen de mármol*, mote que la llenaba de orgullo y del que hacía ostentación, como un militar pudiera hacerla de las cruces honrosas ganadas en el campo de batalla. Ella consideraba su apodo como distinción honrosísima, ganada valientemente en los continuos combates mundanales á que se encontraba expuesta.

¡Y poco que se había reído de las muchachas de su clase que se dejaban engañar! Según ella, sus compañeras caían porque careciendo de conciencia y desconociendo la noción de la dignidad, no ponían reparo alguno en hacer de su cuerpo artículo de comercio...

Para la *Virgen de mármol* no valían disculpas.

le hizo enrojecer. Buscó y rebuscó en sus bolsillos con azoramiento infantil, y no encontró más que cinco céntimos, cantidad que le pareció despreciable y capaz de ponerle en ridículo. El resto de su fortuna lo constituía un billete de cincuenta pesetas y no era cosa de dar una propina de diez duros. Ella, al notar la turbación del joven, comprendió su apuro,

nos le quedarían para ganarse la vida para ella y para su hijo, aunque tuviera que imponerse el más terrible de los sacrificios.

Lo único que la acongojaba, llenándola de pena y haciéndola sufrir incalculablemente, era el desvío y alejamiento de Juanito Vélez, de aquel ingrato que la abandonaba, dejándola sin su arrimo y apoyo en



El baño, cuadro de José María Tamburini

¿Qué habían de valer? ¿Acaso no estaba ella expuesta á iguales peligros que las demás? Pues bien que sabía sortearlos.

De tal manera juzgaba las flaquezas humanas cuando conoció á Juanito Vélez, un poeta que acababa de llegar de provincias con la maleta pobre de ropa, el pecho lleno de ilusiones y la imaginación repleta de ensueños. Juanito Vélez tenía la compleción fuerte de los luchadores y la frente despejada de los que saben penetrar en la esencia de las cosas. En sus ojos, negros, de chispeante mirar, veíase la sagacidad de los decididos unas veces, y otras la profunda melancolía que sufren los jóvenes que luchan y se ven acosados por desfallecimientos inevitables.

La conoció en la puerta del café de Fornos, donde ella vendía sus billetes. El iba todas las tardes á pasar el rato, con algunos compañeros de lucha y de bohemia, haciendo proyectos y perdiendo las horas y la energía en conversaciones estériles.

Aquel día salió muy triste del café; por la mañana había recorrido todo Madrid ofreciendo una novela á los editores y éstos se la habían rechazado. El dinero que le quedaba era escasísimo; y de no variar las cosas, vendría pronto para él la miseria con su terrible acompañamiento de penurias, congojas y desesperaciones.

— ¡Que es el de la suerte, señorito! Vale tres pesetas, le gritaron casi al oído.

Juanito Vélez se detuvo echando mano al bolsillo inconscientemente, como si obedeciese á una misteriosa voz interior. Levantó la vista y vió ante sí á la gallardísima *Virgen de mármol*, mirándole fijamente con sus ojos incendiarios, como suplicándole, á tiempo que le ponía ante los ojos un décimo. Quedó prendado de aquella belleza morena que le contemplaba con descaro, y sin atreverse á piroppear á la vendedora, tomó el décimo que le ofrecía y le dió las tres pesetas.

— ¿Y la propina?

A fuer de inocente provinciano, esta observación

y mirándole tan azorado, casi arrepintióse de su petición. Por eso, con voz que procuró dulcificar y hacer cariciosa le dijo que no se apurase, que otra vez le daría más.

Juanito, alentado por aquella voz, dijo:

— Ya ve usted... No tenía más que esas tres pesetas; pero le aseguro que si me toca no seré ingrato y me acordaré de que usted me ha dado la suerte.

Y se alejó. La *Virgen de mármol* se quedó mirándole hasta verle desaparecer por la calle de Sevilla, con su aire elegante y descuidado. Y se acordó, sin saber por qué, durante toda la noche, del señorito de la propina, nombre con que le distinguió precisamente porque no se la había dado. Le había interesado; parecía mejor educado y más respetuoso que los otros, porque se había cortado ante ella y le había llamado de usted, siendo el primero en la vida que tal tratamiento le daba... Decididamente el provinciano era muy simpático y muy diferente á todos.

¿Cómo fué? Ni lo sé ni hace falta averiguarlo. Lo que no pudieron las dádivas y las deslumbrantes promesas, lo pudo la voz dulce y suave de Juanito Vélez, su frente tranquila de soñador, su mirada penetrante y su conversación gratísima.

La *Virgen de mármol* no podía reirse ya de sus pecadoras compañeras; ella había caído también, y su vergonzosa caída era ya inocultable...

El se había colocado en un periódico, y aconsejado por los compañeros, abandonó á la *Virgen de mármol* á los cuatro meses de relaciones... La pobre muchacha se consideró como la más desgraciada de las mujeres, y lloró copiosamente, llanto amarguísimo que parecía quemarle las frescas mejillas, flácidas á fuerza de sufrimientos.

Cuando se acercó el momento trágico de la maternidad, no faltaron quienes la aconsejaran que debía abandonar «lo que viniera,» porque de seguro constituiría para ella el mayor y más cruel de los ataderos. La *Virgen de mármol* protestó indignada: ma-

el momento en que necesitaba de todas las ayudas y de todas las energías para no sucumbir.

Pero Dios le dió fuerzas para todo, y poco después pudieron verla sus compañeras ofreciendo «el de la suerte,» aunque encogida y seriosa como una vieja, llevando en sus brazos y muy arrebujadito en el mantón el fruto de horas felicísimas de amor... Confieso que no le faltaron elogios. Sí, sí, las mismas compañeras de la *Virgen de mármol* lo decían. Así habían de portarse las mujeres; cuando pecan deben llevar con resignación las consecuencias del pecado, y la *Virgen de mármol* las llevaba, toda vez que se consagraba á su hijo por entero, sin dar cabida en su corazón á otros amores que á los de madre y á los del ingrato que la abandonaba, cuando ella le había respetado y amado como á verdadero esposo.

Un día Juanito Vélez vió á la *Virgen de mármol* al entrar en el café de Fornos. Iba radiante de alegría; la noche anterior habían estrenado una obrita suya en uno de los principales teatros de la corte, y la prensa se deshacía en elogios augurándole brillantísimo porvenir. Al ver á su amada de otro tiempo llevando cuidadosamente á su hijo, tan cuidadosamente como un sacerdote puede llevar el Santísimo Sacramento, Vélez sintió que el corazón le palpaba con fuerza y que la sangre afluíá á su cara, quemándosela. Con la cabeza baja penetró en el café, con paso rápido, como el que huye de un peligro.

Los amigos recibieronle con aplausos y manifestaciones de alegría, y todos fueron á elogiarle y felicitarle por su triunfo; pero Juanito Vélez parecía no hacer caso de tales manifestaciones. El, el aclamado, no participaba de la alegría general; pensaba en la *Virgen de mármol*, en las horas de amor ardiente perdidas, en el sacrificio que por él había hecho la gallarda joven poniendo su honor en sus pecadoras manos, y en la ingratitud cometida por él abandonándola á su tristísima suerte en el momento más crítico... Meditaba sobre lo que acababa de ver en

la calle y comparaba su obra, estrenada la noche anterior, aplaudida por todos y de todos alabada, con la obra de la *Virgen de mármol*, consagrando la vida

Dando vueltas en su imaginación á fechas pasadas, recordó ternuras, abnegaciones y bondades dignas de ser correspondidas...

- ¡Oh, sí! Tengo un argumento interesantísimo. Y salió, resuelto y gallardo. La *Virgen de mármol* no le vió acercarse, distraída



LA VIRGEN DE MÁRMOL, dibujo de F. S. Covisa. (Véase el artículo de R. Ruiz López.)

entera á su hijo, á aquel hijo que él había engendrado en momentos de delirio amoroso... Y se reconocía pequeño, y su obra le resultaba risible y ridícula al lado de la de aquella muchacha valerosa que arrojaba la murmuración y la vergüenza por no abandonar lo que obra suya era.

Se puso en pie, como obedeciendo á inspiración momentánea, y se dispuso á salir sin acabar de saborear la taza de café que le habían servido.

- ¿Dónde vas?, le preguntaron.
- Á hacer una obra mejor que la estrenada ayer.
- ¿Estás seguro?

en contemplar á la criatura, mientras decía con el sonsonete agradable de otros tiempos:

- ¿Quién quiere el de la suerte?
Vélez se acercó á ella, borracho de emoción, diciéndole:
- Yo.

— ¡Juanito!, exclamó dando un paso atrás. Y temblaba, temblaba de emoción, sin pensar en dirigir un reproche, mirándole amorosamente, sin poder adivinar lo que el muy ingrato quería. Pero Vélez la sacó pronto de cuidados: iba á participarle su triunfo; á pedirle perdón por su proceder canallesco; á preguntarle que si quería casarse con él...

Ella sentía emoción profundísima que le impedía hablar, y apretaba á su hijo contra su corazón... Iba á decir que sí, pero se contuvo.

— ¡Juanito!, exclamó al fin con voz humildísima, ¿lo has pensado bien? ¿Te has fijado bien en quién soy yo y en lo que tú eres?

— Pues por eso, contestó mirándola ardientemente, como en aquellos días inolvidables de delirio.

Y luego, procurando dar á su acento las más dulces inflexiones y mirando al pequeñuelo, agregó:

— ¿Quieres que le dé un beso?

— ¡Tómalo; si es tuyo; si por eso lo conservaba!, dijo la Virgen de mármol rompiendo á llorar de alegría...

Pocos días después los amigos de Juanito Vélez atistían á su casamiento, la mejor obra, sin duda, de aquel poeta, puesto que con ella hizo la felicidad de la humildísima amada, la de su hijo y la suya.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

LA SOCIEDAD DE CONCIERTOS LAMOUREUX EN BARCELONA

Al dar cuenta de la próxima excursión á Barcelona de la Sociedad de Conciertos Lamoureux, manifestación digna de la importancia de la capital del

de su fundación en 23 de octubre de 1881, las penas y los sufrimientos que hubo de padecer y las luchas que hubo de sostener el maestro para imponer al público parisiense las obras de Wagner.

El primer concierto que dirigió tenía el siguiente programa: *Sinfonía en LA*, de Beethoven; *Aria de «Edipo»*, de Satchini; *Dúo de «Beatriz»*, de Berlioz; *Concierto en sí BEMOL*, de Haendel; *Aria de «Telémaco»*, de Gluck; *Duetto bufo*, de Cimarosa; *Obertura del «Carnaval romano»*, de Berlioz.

Hasta algún tiempo después no tocó algo notable de Wagner, y cuando la orquesta atacó las primeras notas de *Los maestros cantores*, una parte del público se puso á silbar y á gritar, mientras otra parte aplaudía y quería tributarle una ovación. Lamoureux, en tanto, seguía dirigiendo im-



CARLOS LAMOUREUX, fundador de la Sociedad de Conciertos de su nombre

impresionó de tal manera á Wagner, que guardó durante mucho tiempo un odio feroz hacia los franceses, hasta que calmándose con el tiempo, autorizó á Lamoureux para que representase el *Lohengrin* en el Edén de París. Sabido es que la ópera fué aplaudida dentro de la sala; pero las inmediaciones del edificio de la calle Boudreau estaban llenas de patriotas que, llevando á la exageración el sentimiento nacional, atropellaron á la gente que salía del teatro.

El prefecto de policía vióse obligado á hacer suspender las representaciones, y Lamoureux soportó resignadamente la pérdida material que esto suponía. Lejos de desanimarse, no descansó el maestro hasta entrar hace diez años como director en la Ópera para poner en escena el

Lohengrin, que hoy es obra de repertorio. Aquel esfuerzo dió pie para que sucesivamente se



LA ORQUESTA DE LA SOCIEDAD DE CONCIERTOS LAMOUREUX, QUE PRÓXIMAMENTE DARÁ TRES CONCIERTOS EN BARCELONA

Principado y demostración de la altura en que hoy en día se encuentra el arte francés, y queriendo huir de la trivialidad de ir á consultar en el Larousse los datos que todo el mundo conoce acerca de quién ha sido Lamoureux y lo que su Sociedad de Conciertos significa, he creído que lo mejor era acudir á la fuente; y para que esta agua fuese más clara y la información resultase más verdadera, fuíme á casa de Chevillard un día en que en ella se reunían los amigos del suegro de éste, es decir, de Lamoureux.

Allí me encontré con Miss J. Murray, la amiga de la casa, la señora que mereció toda la confianza del maestro por haber cuidado de la educación moral de su hija, á la que guió con excelentes consejos. Dicha señora, que asistió á todas las emociones por que pasó Lamoureux, refirióme, teniendo delante un libro en donde están coleccionados todos los programas de la Sociedad, des-



M. CAMILO CHEVILLARD, actual director de la Sociedad de Conciertos Lamoureux

te á los protestantes y siempre lleno de fe y de esperanza en la bondad de la causa que defendía.

Al fin, todo lo de Wagner pasó por aquella academia de arte; todo lo impuso el maestro á aquel público, en donde, como me decía Miss Murray, había elementos sanos que deseaban vivamente identificarse con el genio de Bayreuth.

En los primeros años de funcionar la Sociedad, Lamoureux hacía no pequeños sacrificios en dinero; pero los hacía siempre con gusto, porque poco á poco conseguía que la obra de Wagner entrara en el público parisiense, el cual todavía recordaba rencorosamente lo que aquél escribió acerca de Francia antes de la guerra franco-prusiana, sin tener en cuenta que bien podía perdonársele aquella hostilidad al genio que había visto silbado su *Tanhauser* en la primera escena de Francia, en aquella ciudad que se decía portaestandarte de la civilización. Aquel fracaso

habían cantado en la Ópera las otras partituras de Wagner, como *Tanhauser*, *Los maestros cantores*, *La Walkiria* y recientemente *Siegfrid*: á Lamoureux se debe que el público parisiense haya podido saborear estas óperas que fuera de Francia venían siendo aplaudidas desde hacía muchos años.

Su última gran obra, la que acabó con su vida, fué poner en escena en el Nouveau Theatre *Tristán é Isolda*, de una manera tan acabada, que era imposible exigir más. Los organizadores de aquella representación, que fué la apoteosis del maestro, eran *dilettanti*, de la mejor sociedad parisiense, como son ahora en Barcelona los organizadores de los conciertos de la Sociedad Lamoureux, que dirige Chevillard desde la muerte de su suegro.

El último concierto que dirigió Lamoureux se celebró en el Circo de los Campos Elíseos de París el día 17 de diciembre de 1899, con el siguiente programa: *Sinfonía en DO MENOR* (n.º 5), de Beethoven; *Mudarra*, de F. de Borne; *Concierto para violoncelo*, de Saint-Saens, que ejecutó nuestro célebre compatriota Pablo Casals; *Capricho español*, de Rimski-Korsakow; *Aria de «Proserpina»*, de Paisiello; *Obertura de «Tanhauser»*, de Wagner.

Es decir, que terminó su vida artística dirigiendo una obra del gran maestro alemán, dejando sentado, como enseñanza para su sucesor, que su última palabra era para el músico ilustre del siglo XIX. En aquel concierto, Lamoureux presentó al público parisiense al joven concertista catalán Pablo Casals, que hoy es justamente considerado como el primer violoncelista del mundo.

Camilo Chevillard era maestro de coros de los conciertos, y por sus notables aptitudes fué nombrado segundo director. Un día en que Lamoureux se encontraba en Rusia (diciembre de 1892), dirigió

un concierto en cuyo programa figuraba como primera pieza la famosa *Novena* de Beethoven, obteniendo una ovación inmensa que le tributaron, no sólo el público en masa, sino que también sus compañeros, quienes saludaban ya en él al digno sucesor de su maestro.

Cada día que dirigía Chevillard se veían en él nuevos adelantos, y así durante la enfermedad que acabó con Lamoureux como después de la muerte de éste, de tal manera ha ido creciendo su reputación, que en la actualidad se le considera, no sólo a la altura de aquél, sino que también como el primer maestro de Francia. Es hombre de carácter muy afable al par que frío cuando empuña la batuta: sus movimientos no son acompasados como los de los maestros alemanes, tienen algo de carácter latino, sin por esto parecerse á esos directores que para demostrar que saben su obligación tienen que agitarse y moverse más que saltimbanquis.

La orquesta de la Sociedad de Conciertos Lamoureux se compone de 100 profesores, de ellos 18 solistas; está organizada sobre la base de la mutualidad, y tiene por presidente á Chevillard y por vicepresidente á M. Barrau.

Los programas que ejecutará en los tres conciertos de Barcelona son, aparte de muy escogidos, muy extensos, con lo cual Chevillard ha querido dar una prueba de lo mucho que estima al público de esa capital, accediendo á lo solicitado por la junta organizadora, á cuya elección se deben la calidad y el número de las composiciones, y que merece el aplauso entusiasta de los filarmónicos barceloneses, porque gracias á sus laudables esfuerzos y á sus numerosos sacrificios podrán disfrutar de tres audicio-

nes que sin duda formarán época en los anales musicales de Barcelona.

PEDRO COLL.

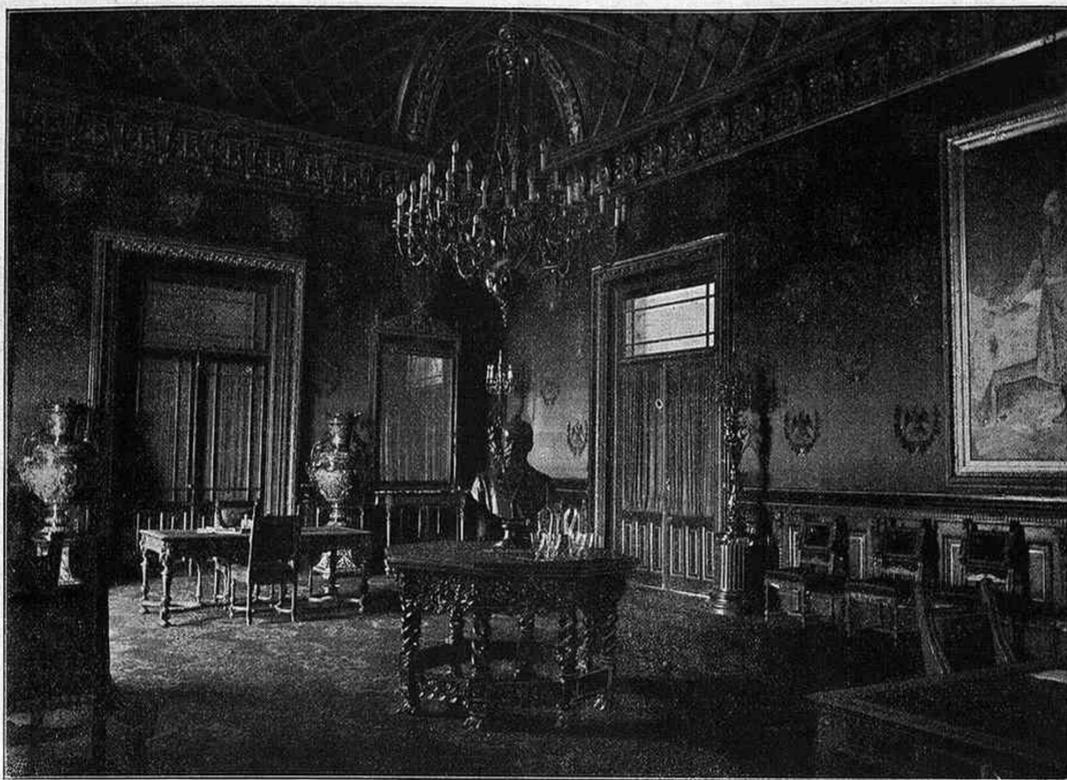
París, febrero de 1902.

tro distinguido colaborador Sr. Beltrán y Rózpide, que los Estados Unidos, prosiguiendo en la política de algunos años á esta parte emprendida por la República norteamericana, se proponían hacer predominar en el Congreso sus tendencias hostiles á Europa y su afán de dominar comercial y políticamente sobre todos los demás países de América.

Pero estos países, de origen latino, se resisten á ser absorbidos por la América anglo-sajona, y desde los comienzos de sus tareas vióse en el Congreso entablada la lucha entre ambas tendencias, lucha que terminó con la victoria de los que con razón se resisten á ser dominados por el pueblo yanqui. El acuerdo que ha sellado esta victoria ha sido la adopción por inmensa mayoría de los congresistas, á pesar de la viva oposición de los representantes de los Estados Unidos, de la proposición de los delegados chilenos para que el Congreso se adhiriera á la Conferencia internacional de la Haya, que estableció el arbitraje voluntario y potestativo para solventar los conflictos de carácter internacional. Este acuerdo no

tiene gran trascendencia desde el punto de vista práctico; pero, según antes hemos hecho notar, la tiene y no poca bajo el concepto moral, puesto que revela claramente en los Estados latino-americanos el deseo y la firme resolución de no dejarse dominar por los imperialistas de la Casa Blanca.

Las dos fotografías que en esta página reproducimos y que representan el salón de sesiones y la antesala del mismo, nos han sido remitidas por nuestro ilustrado corresponsal en Méjico D. R. de S. N. Araluce, á quien damos las gracias por su interesante envío. - S.



MÉJICO. — CONGRESO PANAMERICANO. — ANTESALA DEL SALÓN DE SESIONES (de fotografía remitida por D. R. de S. N. Araluce)

CONGRESO PANAMERICANO

RECIENTEMENTE CELEBRADO EN MÉJICO

Se ha celebrado hace poco en la ciudad de Méjico un Congreso panamericano en el cual han tenido su representación todos los Estados que constituyen el nuevo Continente y cuya importancia, si no ha sido grande por sus resultados prácticos, ha sido extraordinaria por la significación moral que algunos de sus acuerdos entrañan.

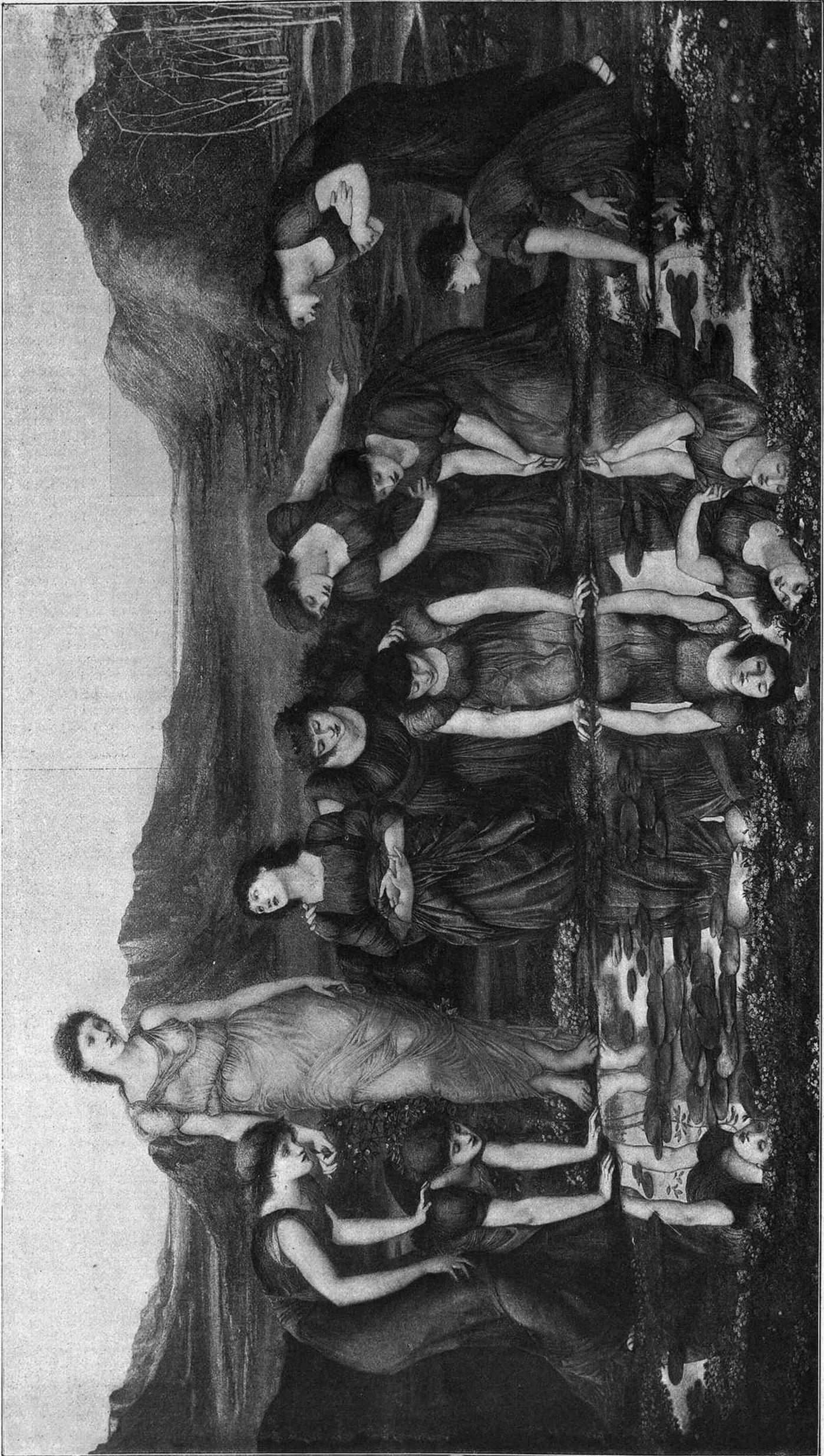
Sabido es, y de ello se ocupó oportunamente nues-



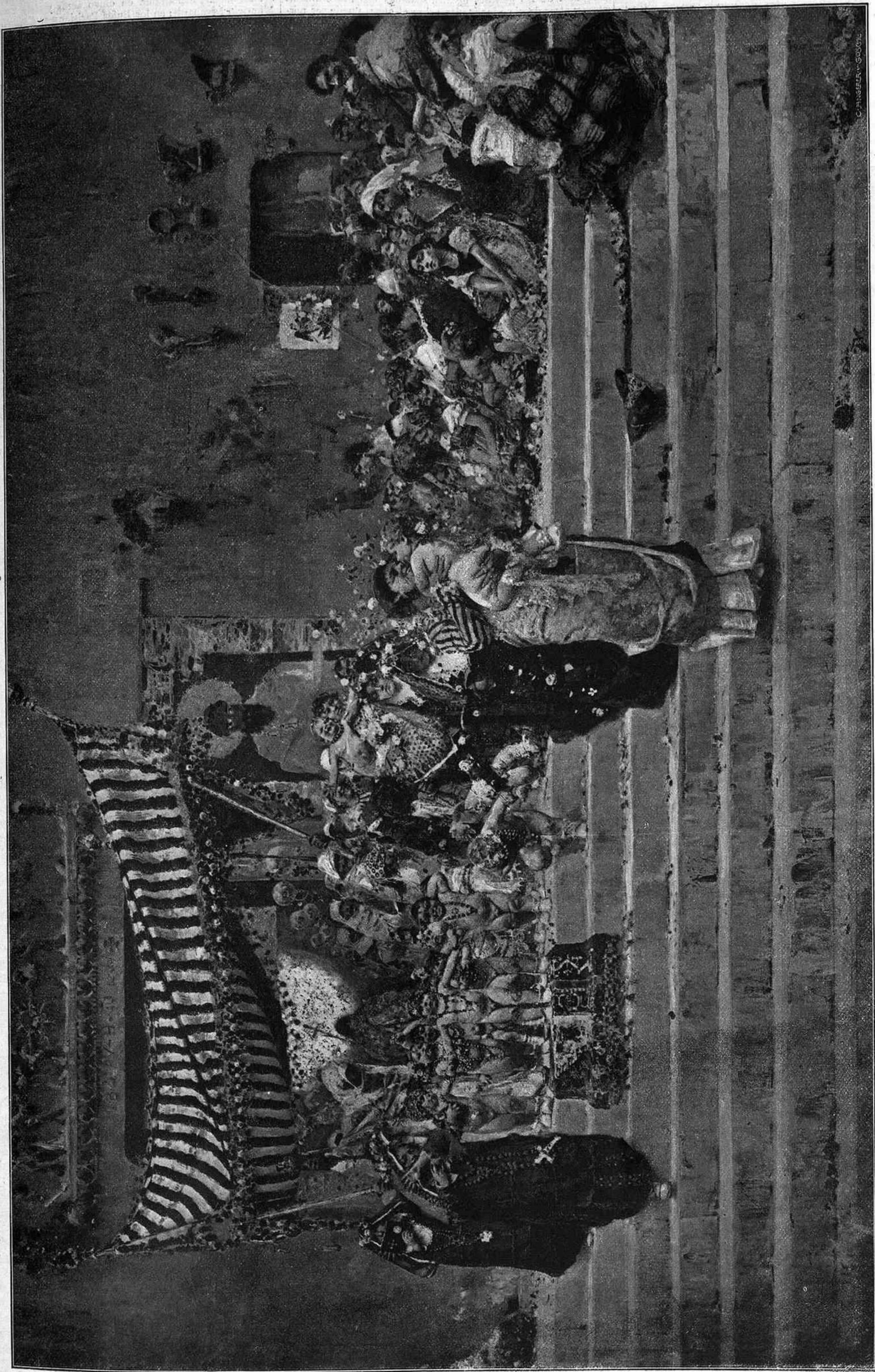
MÉJICO. — CONGRESO PANAMERICANO. — SALÓN DE SESIONES (de fotografía remitida por D. R. de S. N. Araluce)

53
maneguar-tiem-hacia a que tiem-amou-presen-en el Sabido aplau-a sala; ciones calle llenas e, lle-ración cional, gente o. policía hacer presen-poureux mente al que jos de escan-ta en- como Opera cena el ente se

aras de res, La reux se borear siendo u vida, Tristán im-po-repre-o, eran mo son oncier- chevillard eux se e París guiente Beetho-ra vio-célebre e Rims-aisiello; giendo entado, ima pa-ix. En lico pa-Casals, primer de los ombra-reux se dirigió



EL ESPEJO DE VENUS, cuadro de Sir Eduardo Burne-Jones



LA PROCESSION DEL CORPUS EN UN PUEBLO DE ITALIA, cuadro de Francisco Pablo Michetti

NUESTROS GRABADOS

El centenario de Víctor Hugo.— En París se ha conmemorado con grandes fiestas, durante la semana última, el centenario del natalicio de Víctor Hugo, del gran poeta, cuyo nombre llena las más gloriosas páginas de la historia de la literatura del siglo XIX. No incurriremos en la vulgaridad de trazar la biografía de aquel genio ilustre ni de enumerar las obras que constituyen el legado literario del autor de *Los Miserables*, *Hernani* y *La leyenda de los siglos*. Al asociarnos al recuerdo que Francia ha dedicado á una de sus mayores glorias, nos limitaremos á dar cuenta de las principales solemnidades que con este motivo se han celebrado en la capital francesa.

Comenzaron éstas con la ceremonia verificada en el Panteón, donde descansan los restos de Víctor Hugo, con asistencia del



MEDALLÓN DE VÍCTOR HUGO

recientemente colocado debajo del peristilo del Teatro Francés, obra de Dionisio Puech

Presidente de la República, del Gobierno, de la Academia Francesa, Cuerpos Colegisladores, Cuerpo Diplomático y representantes de las principales corporaciones nacionales y extranjeras. El decorado interior del Panteón era severo y magnífico y en el centro del mismo ostentábase un hermoso busto del poeta. Después del Himno á Víctor Hugo, de Saint-Saens, ejecutado por la orquesta del Conservatorio, pronunciaron elocuentes discursos alusivos al acto que se celebraba M. Leygues, ministro de Instrucción Pública, y M. Hannoteaux, en nombre de la Academia; luego se ejecutó por grandes masas corales é instrumentales el Himno á Francia, de Berlioz, y finalmente los artistas de la Comedia Francesa recitaron algunas poesías de Víctor Hugo y los de la Ópera cantaron algunas composiciones con letra del mismo.

Por la tarde verificóse solemnemente la inauguración del monumento, obra del escultor Barrias, que se levanta en la plaza de Víctor Hugo. Pronunciáronse discursos, ejecutáronse por coros y orquesta varias composiciones y el pueblo que llenaba la espaciosa plaza asocióse al acto con repetidas y entusiastas aclamaciones. El monumento es de proporciones colosales: sobre un enorme bloque de granito álzase la estatua en bronce del poeta, envuelta en los pliegues de holgada capa y en actitud meditabunda, tal como lo reproducen ininidad de grabados sentado sobre algún peñasco monstruoso del Guernesey durante su destierro; debajo de ella se ven otras dos estatuas, también en bronce, que representan á la Poesía, tendiendo hacia el vate su lira, y á Melpómene con la máscara de la tragedia en las manos. Al pie del bloque, un enorme pulpo retuerce sus tentáculos entre la espuma de las olas que evocan de una manera más precisa la época del destierro en Guernesey; en la roca se lee esta sencilla inscripción: *A Víctor Hugo. 1802-1885*; en el zócalo hay un relieve en el que se ve á Víctor Hugo rodeado de los principales personajes de sus obras.

En los teatros de la Comedia y del Odeón se dieron representaciones de gala, poniéndose en escena *Los Burgraves* y *La Espada*, respectivamente: ambas fiestas fueron brillantísimas, y á ellas concurrieron el gobierno, el cuerpo diplomático y gran número de literatos y corporaciones literarias nacionales y extranjeras.

Ha terminado la serie de festejos con la coronación del busto de Víctor Hugo por la Musa del pueblo, que ha sido elegida entre las obreras parisienses, habiendo recaído la elección en Mlle. Juana Gerard, bellísima joven que trabaja en la tipografía de Lahure y que ha cumplido 21 años el mismo día en que sus manos ciñeron el laurel de la gloria en las sienas del inmortal poeta.

El baño, cuadro de José María Tamburini.

En muchas ocasiones, entre ellas en los últimos números de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, hemos señalado las cualidades que á este reputado pintor caracterizan; para no incurrir en repeticiones omitiremos, por consiguiente, hoy indicarlas de nuevo y nos limitaremos á dedicar un nuevo y entusiasta aplauso á nuestro querido colaborador por su preciosa tela *El baño*, en la que una vez más se justifica el dictado de pintor-poeta que Tamburini ha merecido de la crítica.

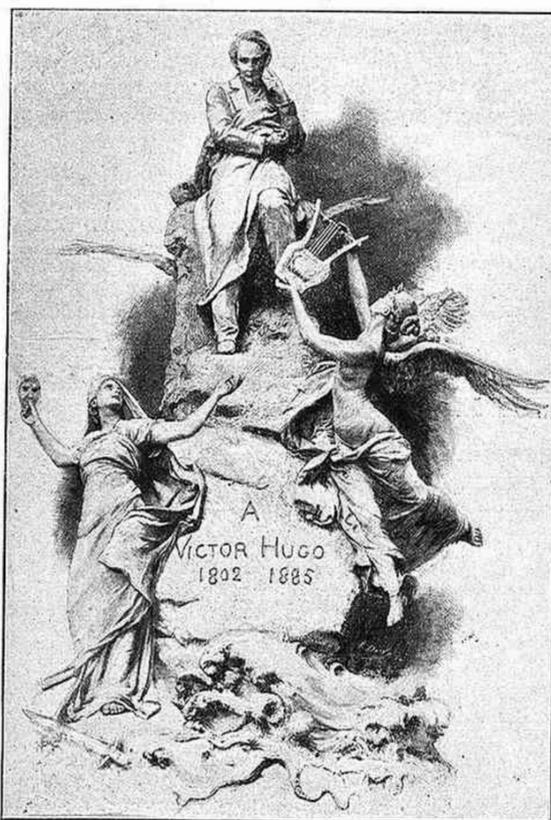
El espejo de Venus, cuadro de Eduardo Burne-Jones.— El eminente crítico inglés Mr. Malcom Bell dice, hablando de esta obra: *«El espejo de Venus es la más hermosa de todas las creaciones de este pintor; la idea de presentar á Venus induciendo por primera vez á las mujeres á*

sentir las halagadoras fascinaciones del espejo contemplándose reflejadas en el agua, es encantadora, y la manera como ha desarrollado el artista su pensamiento no es menos exquisita. La gracia de las gentiles figuras, sentadas unas, arrodilladas otras y otras de pie é inclinadas sobre el agua, puede ser perfectamente apreciada hasta en una reproducción en blanco y negro; pero lo que no cabe apreciar en un simple grabado es la admirable armonía de los colores. Son notabilísimas las expresiones de las muchachas que en el espejo se miran, llenas de admiración unas, extasiadas otras ante su propia belleza y dos de ellas olvidándose de mirarse á sí mismas para contemplar á la diosa.»

La procesión del Corpus en un pueblo de Italia, cuadro de Francisco Pablo Michetti.— Poco á poco han ido desapareciendo las costumbres populares que un tiempo tuvieron carácter verdaderamente pintoresco; y si no han desaparecido del todo, de tal manera se han modificado y aun á veces adulterado, que ya no son ni sombra siquiera de lo que antes fueron. Quedan, sin embargo, algunas, pero no en las grandes ciudades, sino en retiradas aldeas, adonde no ha llegado todavía la piqueta demoledora de la vida moderna. Entre las que en tales condiciones subsisten, figuran en primer término las procesiones del Corpus, que todavía en ciertas localidades constituyen espectáculos llenos de sencilla y encantadora poesía. El notable pintor italiano Michetti ha reproducido en su bellísimo cuadro una de estas fiestas que en su patria conservan todavía el sello de la tradición, y bien podemos ensalzar, así la feliz idea que ha tenido al trasladar al lienzo una escena tan llena de color y de vida, como la habilidad que ha demostrado al darle forma.

Gloria, cuadro de Antonio Torres Fuster.— Otra vez nos ofrece el Sr. Torres Fuster ocasión para dar á conocer á nuestros lectores una de esas preciosas cabecitas de mujer que tantos aplausos le han conquistado. *Gloria* forma parte de ese conjunto de agradabilísimas producciones, representando tipos españoles, que á la naturalidad y exactitud reúnen la circunstancia muy apreciable de la coloración, simpática y delicada, cual todas las que brotan de la paleta de este discreto cuanto laborioso artista.

Boceto de pintura decorativa para el restaurant del Príncipe, de Londres, obra de Enrique C. Braver.—No hemos de esforzarnos mucho para señalar las bellezas que esta obra contiene; su composición complicada y al mismo tiempo clara, gracias á la maestría con que el autor ha sabido agrupar las figuras y hacer destacar los diferentes términos, revela un talento sólido en el desarrollo del asunto, y su dibujo correcto y firme pone de manifiesto de una manera elocuente la destreza con que el artista maneja los pinceles y el conocimiento que tiene de todos los recursos del arte.



MONUMENTO Á VÍCTOR HUGO

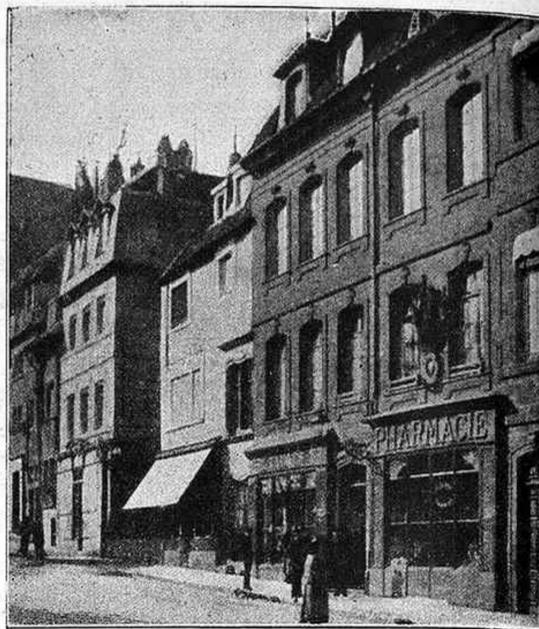
solemnemente inaugurado en París el día 26 de febrero último, obra de Barrias

MISCELÁNEA

Teatros.— En el Nuevo Teatro, de Leipzig, se ha estrenado con gran éxito el gran drama musical *Orestes*, poesía y música de Félix Weingartner. La obra está inspirada en la *Orestía*, de Esquilo, y constituye una trilogía, cuyas partes se titulan *Agamenón*, *El sacrificio de los muertos* y *Las Erínias*; ha sido dirigida por su propio autor, que ha obtenido grandes ovaciones, y puesta en escena con gran lujo y propiedad. La música recuerda mucho la de *El anillo del Nibelungo*, de Wagner. Para asistir al estreno de esta ópera han acudido á Leipzig gran número de compositores, directores y críticos alemanes y extranjeros.

— En el teatro de la Ciudad, de Zurich, ha sido extraordinariamente aplaudida la nueva ópera de Paderewski *Mamu*.

París.— Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *Le marquis de Priola*, bellísima comedia en tres actos de Enrique Lavedán; en el teatro Porte-Saint-Martin, *Nini l'Assommoir*, melodrama en cinco actos y siete cuadros de Mauricio Bernhardt; en los Bufos Parisienses, *Claudine a Paris*, comedia en tres actos de Willy y Luvey; en la Renaissance, *Stella*, comedia de Julio Case y Eugenio Morel; en el Palais Royal, *Le sublime Ernest*, comedia en tres actos de Albin



CASA NATAL DE VÍCTOR HUGO EN BESANZÓN

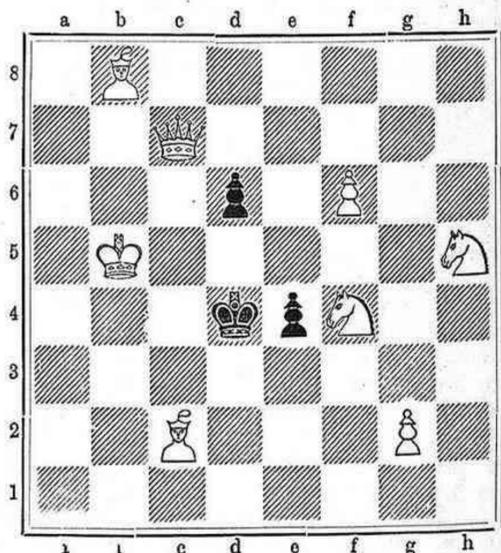
Valabregue y Mauricio Hennequin; en el Odeón, *Les noces corinthiennes*, drama en tres actos y un prólogo en verso de Anatole France; en el Vaudeville *La passerelle*, comedia en tres actos de M. Fred Gresac y Francisco de Croisset; en Nouveautés, *La bande a Leon*, comedia en tres actos de Tristán Bernard; y en el Chatelet, *Les cinq sous de Lavarade*, comedia de gran espectáculo de Pablo d' Ivoi, puesta en escena con lujo extraordinario.

Barcelona.— Se han estrenado con buen éxito: en el Principal, en donde funciona una notable compañía de declamación castellana, dirigida por los reputados actores Sres. Larra y Balaguer, *Modas*, sainete en un acto de D. Jacinto Benavente; *El barón del Tronco Verde*, comedia en dos actos de D. Ricardo de la Vega; *La Azotea*, comedia en un acto de los hermanos Sres. Alvarez Quintero; en Romea, *La protegida*, drama en tres actos de D. Fernando Serrat y Weyler, y *Vent, terra, foch y aigua*, pieza en un acto de L. Millá; en el Eldorado, *¿Quo Vadis?*, zarzuela en un acto y diez cuadros de D. Sinesio Delgado, música del maestro Chapí; y en Novedades, *El camfanero de Nuestra Señora de París*, melodrama en cuatro actos y tres cuadros, basado en la novela de Víctor Hugo *Nuestra Señora de París*, con ilustraciones musicales del maestro R. Jiménez y decorado de Soler y Roviroza, Vilumara y Moragas. En el Liceo se han dado cuatro notables conciertos, dirigidos el primero por el maestro Goula (padre) y los otros tres por el maestro Colonne, habiendo ambos directores y la orquesta obtenido grandes y merecidos aplausos, aquéllos por la maestría con que dirigieron, y ésta por la excelente ejecución que dió á todas las importantes piezas que constituían los interesantes programas.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 271, POR H. y E. BETTMANN.

NEGRAS (3 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 270, POR G. E. CARPENTER.

- | | |
|------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Rf1—e2 | 1. Rf6—e7 |
| 2. Db1—g1 | 2. Cualquiera. |
| 3. D mate. | |

VARIANTES

- 1..... Rf6—e5; 2. Db1—g1, etc.
 1..... Rf6—g5; 2. Db1—g1 jaque, etc.

EL PASADO DE UNA MADRE

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

La joven se dirigió hacia la puerta sin contestar.
- ¡Gilberta!, repitió su padre con tanta energía como pesar.
La joven, como si no le hubiera oído, continuó

- Dígame usted que su hija es demasiado joven y que quiere usted esperar.
En este sentido escribió el Sr. de Grandpré al pretendiente, que no se sorprendió por ello, pues

todo, nos empeñamos en rehusar á este joven casi únicamente porque Gilberta lo acepta, y creo que nuestra obstinación no es más razonable que la suya.
- ¡Pardiez!, respondió Marsac, lo que disgusta á



- ¡Gilberta!, repitió su padre con tanta energía como pesar

andando y desapareció. Sus padres quedaron mirándose; la baronesa, helada, herida en lo más hondo de su corazón. Su marido, desolado y herido quizá más que ella, á causa de ella.

- Esta niña, dijo bastante conmovido, ha recibido muy malos consejos...

La señora de Grandpré se había levantado, como si quisiera seguir á su hija.

- Quizá no son consejos, contestó; basta que le hayan dicho la verdad.

Salió con la cabeza todavía alta, pero humillada hasta el fondo de su corazón. De tal modo humillada ante su hija, que, por primera vez ante su marido, había hecho alusión á su pasado.

XII

Nada pudo hacer ceder á Gilberta. En aquel asunto, no solamente se ventilaba la cuestión de su matrimonio, sino que también tenían que tenerse en cuenta las relaciones que en lo sucesivo existirían entre sus padres y ella. Comprendía que por su conducta había hecho casi imposible su estancia bajo el techo paterno; oía asimismo una voz interior que le decía que persistiendo en su idea de casarse con el joven de Egrigné, se metía en un callejón sin salida; pero demasiado orgullosa para adoptar el único remedio que le quedaba, y que era el de pedir perdón á sus padres, descontenta de sí misma, descontenta de los demás, irritada contra todos y contra todo, se obstinaba más y más en su idea.

Marsac, á quien se consultó, no hallaba tampoco solución al problema.

- Gilberta, dijo, obedece probablemente á una influencia oculta, y nada es más difícil que luchar contra un enemigo invisible. ¿Quién sabe? Ese enemigo quizá no existe siquiera, como no sea en su imaginación sobrecitada... Procurar distraer á Gilberta, y esto tal vez sea lo mejor.

- ¿Y qué voy á contestar á ese Egrigné?, preguntó el barón.

siempre había imaginado que le costaría alguna dificultad casarse con Gilberta. Contestó con una carta cortés y sumisa, pero en la cual declaraba, sin embargo, que no abandonaba toda esperanza.

El barón comunicó á su hijo aquel grave acontecimiento, y el joven se contentó con aprobar la conducta de sus padres. Egrigné no le gustaba, porque los procedimientos de aquel espíritu casi hipócrita chocaban con su naturaleza altiva y franca. Un día que se encontró solo con su hermana, le expresó su opinión de un modo algo brusco.

- ¿Y qué es lo que te gusta en ese señor espetado y anguloso?, le dijo sin preámbulos.

Gilberta enrojó de cólera; una de las cosas que más la sulfuraban era el desdén, fingido ó real, que mostraban los demás por su opinión propia.

- Tal como es, contestó, me gusta.

Y viendo que su hermano la miraba con aire de incredulidad, añadió:

- Además, deseo marcharme de aquí. ¿Esto te admira?

- Sí, lo confieso; porque aquí se te ha mimado mucho.

- Mimado ó no; no me gusta la casa.

Sus miradas se encontraron con cierta dureza. Pablo comprendió que su hermana sabía, en parte al menos, lo que tan ardientemente había deseado ocultarle.

- A lo menos se toma tiempo para escoger, y no se acepta al primero que se presenta.

- ¡Lo acepto porque le quiero!, insistió Gilberta con acritud.

- ¡Recibe, entonces, mi enhorabuena!, dijo el joven saliendo de la habitación.

¿Qué necesidad tenía de entablar una nueva lucha, cuando la autoridad paterna había sido vencida de antemano, como un árbol socavado por el pie?

- Confieso que estoy cansado, exclamó el barón una noche en que por décima vez hablaba de ese asunto con Marsac y con su esposa; después de

ustedes; en ese joven son los medios que ha empleado para ganar el corazón de su hija...

- ¡Ah!, exclamó la señora de Grandpré, ¡si á lo menos estuviéramos seguros de que le ama y de que él la ama á su vez!.. ¡Si todo eso se hubiera hecho de un modo franco y honrado!.. Pero estoy convencida de que á la hora presente, Gilberta y su amiga están en correspondencia sobre este asunto...

- ¿Tiene usted pruebas de ello?, preguntó Marsac discretamente.

- ¿Para qué?, contestó con un gesto de desesperación poco marcado, pero doloroso. Vigilarla... ¡Ah Dios mío!, ¿no basta ya con sospechar de ella?

Y se cubrió los ojos con las manos. El barón, silencioso, había apartado la mirada. Aquella discusión resultaba penosa para todos, pues despertaba recuerdos punzantes de lo pasado. ¿No había el barón sospechado también de su mujer, y ella no había tenido que disimular en otro tiempo? ¿Acaso una lucha parecida no se había entablado entre los dos, y el amor que fué secreto durante algún tiempo, no era ya un principio de traición oculto ó declarado?

- Amigos míos, dijo Marsac, después de haberles mirado un rato en silencio, la situación actual es tan mala, que cualquiera solución valdrá más que el *statu quo*. Este Egrigné no es simpático á nadie, y quizá solamente ama á Gilberta por su dote y su posición social. Pero, tal como es, encuentro muy natural que trate de hacerse querer, y por medio de un contrato que le ate corto y le obligue á tratar con consideración á Gilberta, después que esté casada, parece que puede valer lo mismo que cualquier otro yerno... Y además, ¿qué hay de extraño en que ame á Gilberta?

- ¡Ah!, dijo dolorosamente el barón, si la amase no la habría apartado de nosotros. Pero si usted cree...

- No creo nada, ni nada aconsejo, querido amigo; cualquiera responsabilidad me asustaría en estas circunstancias; solamente veo que es casi imposible salir de esa dificultad...

Se detuvo un momento, no sabiendo cómo terminar la frase.

— ... ¡En las circunstancias especiales en que nos hallamos!, terminó la baronesa. Sí, lo que sería espinoso para todo el mundo, resulta terrible para nosotros... Si es usted del parecer de Marsac, caballero, añadió dirigiéndose al barón, yo no he de oponerme.

— Pues bien, dijo el Sr. de Grandpré, aun cuando me cuesta mucho consentir, eso haré, sin embargo, ya que es preciso. ¿Cómo advertir ahora á ese joven?

— Diga usted á su hija que ha retirado toda oposición. Esto bastará, dijo Marsac.

Gilberta recibió aquella noticia con gran frialdad, porque lo cierto era que, en el fondo, no tenía ningún apego á su pretendiente; y cuando su padre le anunció que consentía, estuvo á pique de decir que no quería casarse.

Pero el orgullo la dominaba hasta tal punto, que no se decidió á retroceder; dió las gracias á su padre sin alegría; y por lo que hace á su madre, estuvo tentada de echarse en sus brazos como en los buenos tiempos de su infancia.

La vista de aquel hermoso rostro que siempre se le había aparecido sonriente, y que ahora, á causa del dolor y del pesar que ella había provocado, estaba frío y rígido, la volvió á sus malos sentimientos, y se contentó con darle gracias, como si se hubiera tratado de cualquier acontecimiento vulgar de la vida.

— Hemos perdido á nuestra hija, dijo el barón cuando Gilberta hubo salido.

— No, caballero; estoy segura de que la encontrará usted de nuevo... Yo sola soy la que ha perdido su corazón; pero esto no tiene nada de extraño, y... puedo soportarlo.

La señora de Grandpré hablaba con tono tranquilo, pero el barón presentía bajo aquella aparente firmeza uno de los más dolorosos combates que pueden desgarrar un alma humana.

Decidido ya el matrimonio, lejos de rebajar al novio de su hija, los Sres. de Grandpré trataron de presentarle bajo el mejor aspecto posible. El barón, gracias á las buenas relaciones que había conservado, solicitó y obtuvo un empleo muy honroso para el novio. Hubo un punto, sin embargo, en que de ninguna manera se quiso transigir: el notario de la familia redactó é hizo firmar un buen contrato, según el cual la señorita de Grandpré se reservaba toda su fortuna. Gilberta no hizo ninguna objeción á aquellas cláusulas que le garantizaban toda su independencia, ni tampoco el novio, aun cuando en su interior se indignaba por ellas.

El matrimonio se efectuó en los primeros días de junio con asistencia de numerosos invitados, y la opinión general fué, en suma, favorable á los recién casados y á sus padres. Algunos decían que era muy natural que los Sres. de Grandpré no buscasen fortuna; otros, más maldicientes, afirmaban que se habían contentado con lo que hallaron, y que aún debían estimarse dichosos por haber encontrado aquel partido. La novia, al recibir las felicitaciones de costumbre y bajo su apariencia radiante, se decía interiormente que nunca el amor había estado más lejos de su alma. A la cruda luz de la sacristía, y sobre todo comparando á sus padres tan hermosos y tan nobles, su suegra le hizo el efecto de una intrigante, su cuñada le pareció una idiota y su marido un hombre desgarrado, mezquino y casi ridículo.

Pero así lo había querido, y se declaró altamente satisfecha.

XIII

Al abandonar la estación, donde habían ido á acompañar á su hija, que partía para el tradicional viaje de novios, los Sres. de Grandpré se encontraron solos en el carruaje que les conducía hacia su casa.

Desde hacía veinte años no se habían encontrado reunidos como ahora, en un espacio estrecho, respirando el mismo aire.

Un recuerdo del pasado asaltó al mismo tiempo sus almas: ambos se acordaron de su propio casamiento.

De aquella misma suerte habían salido de la iglesia y penetrado juntos en la vida; él tierna y apasionadamente enamorado, ella confiada y llena de esperanza en la futura dicha...

Involuntariamente, su marido lanzó un suspiro. Su esposa, acostumbrada á ahogar sus impresiones, no había jamás expresado la piedad profunda que le inspiraba aquella ruina viviente; al oír el suspiro, se volvió hacia el barón.

Estaba muy pálido; apoyado contra el respaldo, tenía cerrados los ojos y pintada en el rostro una expresión de suprema angustia.

— ¿Se siente usted indispuerto?, preguntó la baronesa con suprema angustia.

Su esposo abrió los ojos y contestó:

— No es nada... El cansancio, la emoción... ¡Dispense usted!

Llegaron á su casa. El barón bajó del carruaje, subió la escalera con paso bastante firme y se dirigió á su habitación; la baronesa tenía ganas de seguirle y de prevenir al ayuda de cámara, pero no se atrevió.

Faltaba apenas una hora para la comida. La baronesa, en tanto que cambiaba de traje, recordaba con melancolía sus años perdidos, los que antiguamente le parecían de prisión y que ahora se le presentaban con cierto encanto.

Es que en aquel tiempo había gozado una paz que luego la abandonó para siempre. Las borrascas de la pasión y de la rebelión contra la sociedad no le dieron jamás la felicidad serena que su alma anhelara. Esposa sin marido, madre sin hijos, amante sin objeto, todo aparecía en su pensamiento con tan negros colores, que una angustia mortal invadía su corazón.

La baronesa no quería pensar tampoco en su hija. Su despedida, por la mañana, no había sido cariñosa, y en el beso de Gilberta no sintió ese calor que conforta y consuela. Sus dos orgullosos reñían ruda batalla, y uno no quería ceder á otro. No; la baronesa no quería acordarse de su hija. Deseaba que fuese feliz con el hombre que había escogido para marido; pero ese deseo lo formulaba sin entusiasmo, y no quería ya pensar ni en los años por venir ni en los pasados. La baronesa tenía necesidad de paz, y por eso no revolvió las cenizas del pasado. En el antiguo, en el lejano, cuando su hija la amaba, vivía también otra sombra; en el que acababa de transcurrir, cuando se reconstituyó la familia, Gilberta ya no la amaba.

Su hijo... La señora de Grandpré pasó la mano por sus ojos como para borrar de su mente las imágenes que la asaltaban. Su hijo había desaparecido después de la ceremonia religiosa y había dejado recado de que no volvería aquella tarde. Tendría, pues, que comer á solas con su marido.

Aquella idea le pareció insoportable. Escribió una esquela á Marsac rogándole que les acompañara á comer.

Pero ¿y el día siguiente y los demás días? Tan sólo debía transcurrir una quincena hasta la época fijada para su separación, y después sería libre.

¡Libre! ¡Extraña y dolorosa libertad! Libre de todo lazo de cariño; libre de la presencia de su marido, de su hijo... ¡Ah, su hijo! Sin querer, su pensamiento se lanzaba hacia él y veía claro que le perdería para siempre.

Advirtió entonces que la frialdad cruel de su hijo era, á pesar de todo, un consuelo. Había pensado que no viéndole sufriría menos, y ahora estaba segura de que aquello sería un nuevo tormento. Viviendo junto á él podía esperar que el continuado trato traería al cabo el perdón, así fuera condicional y no entero; pero después que hubiese abandonado su casa, no le quedaría ya ni la sombra de una esperanza.

Marsac no estaba en su casa, y era inevitable la temida soledad con su marido. La baronesa se fué al comedor y allí encontró ya al Sr. de Grandpré.

Estaba pálido y abatido; sin embargo, haciendo un esfuerzo se sentó á la mesa y sostuvo la conversación sobre asuntos vulgares.

Terminada la comida, sufría de una manera tan evidente que su mujer le invitó á retirarse.

— Tiene usted necesidad de reposo, caballero, y no se moleste por mí. ¿Quiere usted que avise á su médico?

El barón la miró con reconocimiento.

— No, dijo, gracias; siento sólo un poco de cansancio... Estos últimos días han sido de prueba. Usted misma parece fatigada. ¿No podríamos?... ¿No quiere usted acompañarme á la Vernerie?

— Las aguas le probarán sin duda, respondió la baronesa con una especie de crueldad que se reprochó en seguida. No tiene usted que aguardar sino unos quince días.

El barón hizo un ademán de desesperación. Su mujer no quería acompañarle; ¡le dejaría morir solo! Saludándole con su cortesía habitual, se retiró.

La baronesa estuvo leyendo durante una ó dos horas en el gran salón, y luego volvió á su habitación. Con el espíritu enfermo y el corazón agriado, descontenta de sí misma y de los demás, despidió á su camarera, y con una especie de fría cólera se entretuvo en arreglar los objetos que le pertenecían, los que había traído consigo al volver á aquella casa.

Dobló sus encajes, encerró las joyas en los estu-

ches y guardó todos los objetos de que acostumbraba rodearse. En tanto que esperaba el día de su libertad, viviría allí como una extranjera, como se vive en la fonca.

— ¡Sí, como en la fonca!, repetía de cuando en cuando.

Este pensamiento la torturaba, y sin embargo, sentía un amargo placer cuando lo formulaba; lo propio que sucede á los que se hurgan las heridas y las hacen sangrar.

Cansada, al cabo, se acostó, esperando que un sueño pesado repararía tantas fatigas. Pero su agitación no se calmó, á pesar de haber cerrado los ojos.

Veía tan claramente como si la luz más centelleante lo iluminara, cuanto quería desear de su memoria: su hijo, niño todavía, corriendo en los jardines de la Vernerie y echándose en sus brazos por cualquier causa; su marido, joven y alegre, recorriendo con ella los caminos de aquel país encantador en que habían pasado los veranos; más recientemente, bajo las mismas sombras, Gilberta hablando con Marsac, afectuosa y confiada con su madre, deslumbrada por la bondad caballeresca de su padre...

Todas estas imágenes de dicha destruída se sucedían en el cerebro de la baronesa como las visiones de un calidoscopio; las veía brillantes, teñidas de vivos colores, con implacable limpieza. ¡Qué dicha había visto todas estas cosas en otro tiempo! ¡Cuánto aquella vida de familia había arraigado en su alma!

De repente, otra aparición surgió en otro cuadro: en el salón de su madre, la baronesa vió de pronto á Héctor de Tinsay, tal como era cuando huyó con él.

— ¡No, no!, gritó en voz alta con angustia. ¡No, ese no!

Se levantó vivamente y encendió su bujía para desvanecer todos aquellos fantasmas de una noche de insomnio. En aquella casa, pensando en sus pesares de madre cariñosa, no podía soportar la imagen de su amante.

Anonadada, bebió un sorbo de agua fresca y se sentó en un sillón para aguardar que viniese el día. En aquel momento oyó pasos cerca de la puerta. Llamaron y se levantó.

— ¡Señora baronesa!, dijo la voz del ayuda de cámara de su marido.

— ¿Qué hay?, preguntó.

— El señor barón está muy malo; acaba de desmayarse.

Quedó un instante inmóvil y como vacilando.

— Voy allá, contestó decidiéndose. Haga usted que avisen al doctor.

La señora de Grandpré siguió al criado, y por primera vez desde que naciera Gilberta, entró en el cuarto de su marido.

El barón estaba tendido en la cama: las colgaduras, de color obscuro, hacían resaltar la palidez de su rostro. Con los ojos cerrados, rígidas las facciones, parecía tocado por la mano de la muerte. Viéndole en aquel estado, su esposa se sintió llena de piedad.

Había vivido diez años tranquila y honrada cerca de él; muchas veces, al despertarse por la mañana, le había visto reposar de aquel modo sobre la almohada; pero estaba entonces en la fuerza y en la plenitud de la vida... ¡Cuánta ruina entre aquellos días pasados y la hora presente!

Con indecible emoción, de la cual le era imposible precisar los matices, la baronesa se inclinó sobre su marido para ver si respiraba todavía. Junto á ella y sosteniendo con la mano un candelabro, había un criado que temblaba de miedo. La baronesa le hizo dejar sobre un mueble la inútil bujía, y con un valor de que no se hubiera creído capaz, cambió al enfermo de posición á fin de que si aún alentaba estuviese mejor.

Luego mandó abrir la ventana, y el soplo embalsamado de una noche de junio hizo vacilar la luz de la bujía. Pareció que se despertaba el barón y cambió de posición.

— ¡Ah!, dijo la baronesa con un leve suspiro de alegría. ¡Loado sea Dios! Traiga usted en seguida hielo, que yo quedo aquí.

El criado salió y Marta quedó sola con su marido.

La muerte retrocedió lentamente. Las manos no estaban tan frías como antes y un aliento débil se escapaba de los labios entreabiertos del paciente; la baronesa se sentó á los pies de la cama, contemplando aquel rostro todavía bello, animado en otro tiempo, cuando ella le miraba, con una expresión de ternura tan profunda, tan apasionada...

Recordando aquello, el estremecimiento que otras veces había sentido la sobresaltó todavía y esquivó

la mirada. Pero un nuevo suspiro le recordó su deber, y resueltamente fijó su mirada en aquellos ojos cerrados.

Lentamente se abrieron, y al cabo se fijaron en la enfermera con aquella expresión extraña é indecible de los que, sin conciencia de lo presente ni de lo pasado, vuelven poco á poco á la vida.

Advirtiéndole que la baronesa le miraba sonriendo, aquella sonrisa le recordó lo pasado, y exclamó el enfermo:

baronesa le siguió andando de puntillas, y en la antesala le dijo:

- Doctor, dígame usted la verdad. ¿Está en peligro mi marido?

- Sí, señora.

- ¿En peligro inminente?

- No puedo responder á tal pregunta. El barón padece de una afección cardíaca que han exacerbado los pesares; y así como es posible vivir muchos años con ella, así también es fácil que sobrevenga

XIV

Viendo á su marido tranquilo, la señora de Grandpré se retiró á sus habitaciones, pero no á reposar, pues se sentía llena de inquietud mortal, causada por la ausencia inexplicable de su hijo.

De repente se acordó que, en otro tiempo, había esperado con las mismas angustias á su amante, cuando llegaba el alba y cuando empezaba á des-



Al abandonar la estación, donde habían ido á acompañar á su hija

- ¿Dónde estoy? Parece que he hecho un largo viaje.

- No lo crea usted, amigo mío. Ha tenido usted un ligero desvanecimiento y ya está usted aliviado.

El barón la miró con incredulidad. Acababa, efectivamente, de hacer un gran viaje; un viaje á los países desconocidos, de los cuales no se vuelve. Pero, por singular coincidencia, se había detenido en la orilla antes de lanzarse al mar.

El barón hizo un movimiento y miró con más atención á su esposa. Su espíritu, no despierto todavía del todo, flotaba en el espacio indeciso donde se pierde toda noción del tiempo.

- ¿Es usted, Marta? ¿Dónde ha estado usted durante tanto tiempo? ¡Cuán contento estoy de haberla encontrado otra vez! Ya no me abandonará usted más, ¿verdad?

Había tomado suavemente una de las manos de su esposa, que guardaba entre las suyas, sin estrecharla, pero también sin soltarla. Ella no se atrevía á hablar.

- ¿Dónde estamos? ¿En París ó en la Vernerie?

- En París, dijo la baronesa con voz remisa.

- ¡Ah!, exclamó el barón dejándose caer sobre la almohada.

El criado entraba trayendo hielo; la señora de Grandpré hizo compresas y las aplicó sobre las sienes de su marido. Luego se sentó cerca de la cama, en tanto que preguntaba en voz baja, pero imperiosa, al criado:

- ¿El señorito Pablo?

- El señorito no ha vuelto, respondió el ayuda de cámara con alguna turbación.

La señora de Grandpré volvió á quedar inmóvil en su sillón con ademán lleno de orgullo herido y de amargura. Su hijo no estaba allí, y ella era la que le reemplazaba.

Una extraña sensación de contento la sobrecogió pensando que velaba cerca de aquel á quien Pablo amaba más que ella.

El médico llegó al cabo, y después de auscultar al enfermo y de palparle el cuerpo, le interrogó. A continuación le dijo que había sido víctima de un accidente sin consecuencia ninguna y que no era de temer complicación de ningún género. Recetó una pócima y salió.

Pero no es tan fácil el engañar á una mujer como á un enfermo; y apenas hubo salido el doctor, la

muerte al menor pesar moral que experimente.

- ¿Cuál es la causa de esa enfermedad?, preguntó la baronesa con ansiedad profunda.

- ¡Oh, señora!, contestó el médico; es difícil averiguar las causas de una enfermedad; nosotros conocemos de ellas solamente los efectos, y según que sean graves ó leves, diagnosticamos.

- ¿Cree usted, dijo la señora de Grandpré, que las auras puras y refrigerantes del campo pueden serle propicias?

- No solamente lo creo, sino que desde ahora digo á usted que debe salir de París. Pero su estado es tan grave, que advierto á usted lo expuesto de confiarle á manos mercenarias; so pena de verle morir, debe cuidarle una persona allegada y que sienta por él verdadero afecto, á fin de prevenir y atender con prontitud sus menores deseos y necesidades.

La baronesa quedó aterrada. ¡No dejar abandonado á su marido! ¡Estar siempre á su lado á guisa de enfermera! Ella hubiera dado voluntariamente su vida en un momento, de un modo súbito, sin vacilar; pero seguir paso á paso, de un modo lento y pesado la agonía de un moribundo, era un suplicio superior á sus fuerzas...

Al volver junto á su marido había apuntado el alba; por la ventana entreabierta se filtraban las primeras claridades del día, reflejadas por la cinta plateada del Sena y un soplo de aire fresco penetró en la habitación.

- ¿Está usted todavía aquí, Marta?, exclamó con voz débil aún, pero ya distinta. Toda la noche la ha pasado usted de pie para velarme... ¡Gracias, Marta!

- Lo que he hecho era lo natural y lo que debía hacer. ¿Quiere usted dormir?

- No, me siento todavía fatigado. Estaba pensando en salir al campo, replicó el barón con voz débil.

¿No quiere usted acompañarme?

- Si ese es su deseo...

- Sí. ¿Consiente usted?, exclamó con vivacidad el barón. Entonces es que debo estar muy malo.

- No, contestó la baronesa, aseguro á usted que está fuera de peligro; el doctor me lo ha afirmado; pero me ha dicho al mismo tiempo que tenía usted necesidad de muchos cuidados... Si quiere usted le instalaré en la Vernerie.

- Doy á usted las gracias, contestó el barón con cierta melancolía. Acepto con reconocimiento su

insinuación.

pertar la gran urbe con su vida formidable y sus mil ruidos distintos. Y aquella evocación, aquellos recuerdos, aquella imagen de un pasado y de lo ilegítimo surgiendo en su imaginación le hicieron sentir doblemente el dolor justísimo que ahora experimentaba y abatieron su alma dolorida, que por un momento pensó que todo aquello no era sino un justo castigo de sus antiguas faltas.

Así quedó anonadada durante un espacio de tiempo imposible de precisar. Los ruidos que llegaban hasta ella eran menos distintos, sus ideas más confusas. Y á fuerza de buscar en su pensamiento, acabó por caer en un estado de somnolencia. De repente despertó. Llamaban. Marsac estaba en el salón y preguntaba por ella.

¿Qué extraña intuición le hizo presentir que podía tener una relación cualquiera aquella visita de Marsac con la ausencia de su hijo? Ni ella misma podría decirlo; pero, movida de su ansiedad, arregló precipitadamente su traje y pasó al salón.

En el rostro de su amigo leyó la verdad; su pensamiento había ido más lejos que la realidad.

- ¡Pablo ha muerto!, dijo en voz baja, y sin estrechar la mano que le tendían.

- No, solamente está herido.

Se sentó la baronesa y quedó contemplando al mensajero con una ansiedad terrible.

- ¿Palabra de honor?

- Sí, contestó Marsac. Está herido, pero no gravemente.

- Diga usted la verdad; ¿cree usted que muera?

- No, los médicos aseguran lo contrario.

- ¿Dónde está?

- En casa de un amigo. Pero no se puede mover de allí, por lo menos durante el día de hoy.

La baronesa hizo un movimiento como para levantarse. Marsac la detuvo.

- ¡Quiero verlo!, dijo con voz conmovida, como la de un niño que va á llorar.

- No es posible.

- ¿Por qué? ¡Ah! ¡Ya comprendo! Es que ha dicho que no quería que yo le viera.

Marsac hizo un ademán que ni afirmaba ni negaba.

- Bien. ¿No quiere? Sea. ¿Se ha desafiado?

- Sí.

- ¿Por una mujer?

(Continuará.)

EL CUERPO DE BOMBEROS Y EL SERVICIO CONTRA INCENDIOS EN EL JAPÓN

A principios de 1870 comenzó para el Japón un período de reformas radicales en la vida política y en la cultura, tomando por modelo a las naciones europeas más adelantadas. Así, por ejemplo, en punto a ejército, se ha organizado éste con carácter permanente y desde 1889 se ha establecido el servicio



EL SERVICIO CONTRA INCENDIOS EN EL JAPÓN

Pruebas de una bomba por una sección de bomberos de Tokio (de fotografía instantánea)

militar obligatorio. Al mismo tiempo, el gobierno japonés coronaba su obra reformadora promulgando una Constitución moderna, inspirada en la ley fundamental de Prusia.

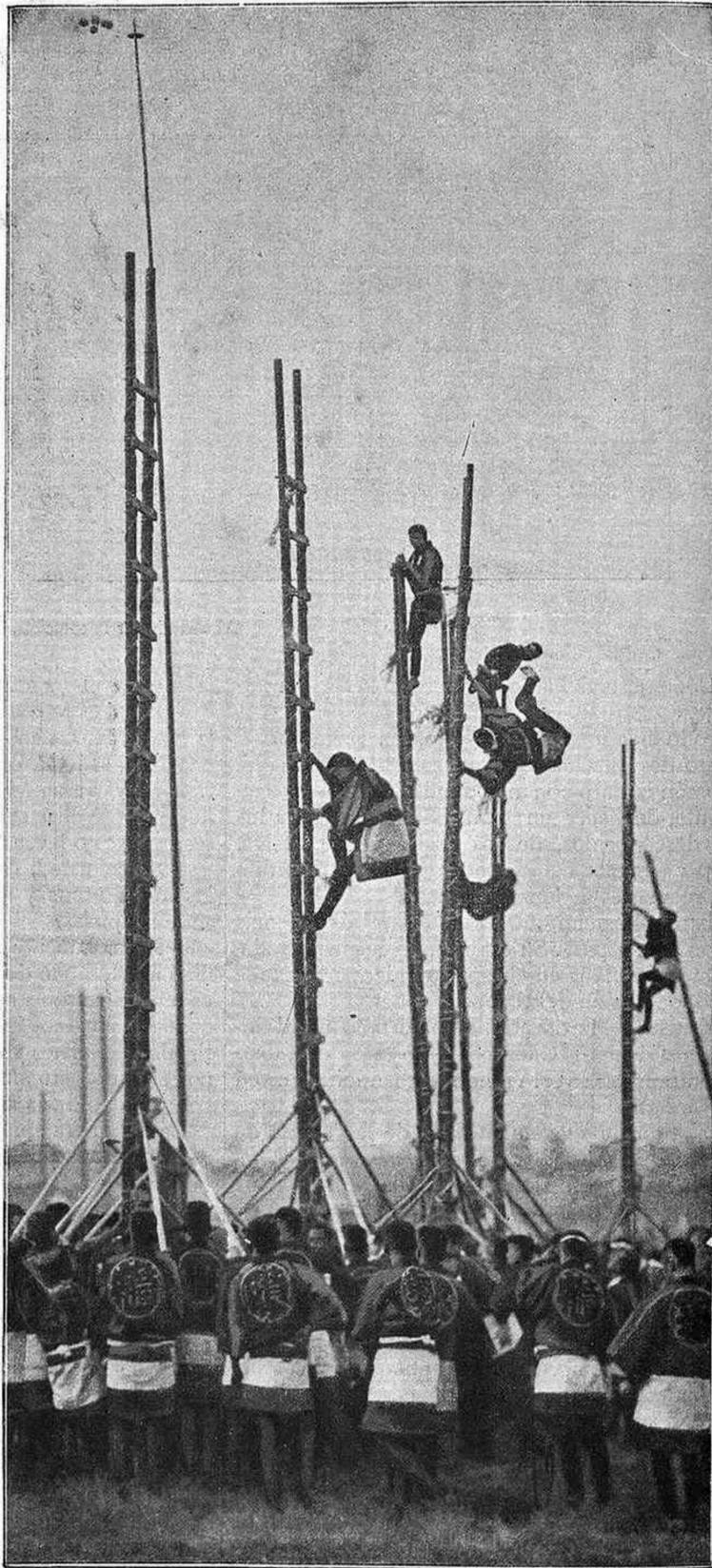
Existe, sin embargo, en aquel país una institución que no es de reciente fecha, sino que data de muy antiguo, y es un servicio contra incendios perfectamente organizado, cuyo origen se remonta a los tiempos más remotos. Como desde hace muchos siglos ha habido en el Japón ciudades muy populosas y como por razón de los terremotos no se construían éstas con materiales muy sólidos, sino con maderas, cañas y paja, es natural que se pusiera especial atención en todo cuanto se refería a la extinción de incendios. Esto explica que en el antiguo Japón además de los bomberos voluntarios hubiera bomberos organizados militarmente, cuya organización se parecía mucho a la que el cuerpo tiene en Alemania.

Desde tiempos inmemoriales se utilizaron en el Japón las bombas de presión movidas á mano, pero faltaban naturalmente potentes máquinas para arrojar en gran cantidad el agua al edificio incendiado; sin embargo, los japoneses suplían esta deficiencia derribando las casas vecinas, á fin de quitar alimento al fuego, ó bien untando con limo húmedo las partes amenazadas por el calor de las llamas. Además usaban escaleras de bambú, hachas, picos y otras herramientas.

Tenían el mando de este servicio antiguamente príncipes de las familias más ilustres y los cargos de oficiales estaban desempeñados por individuos de la vieja aristocracia. Los simples bomberos vivían en cuarteles, cerca de los cuales estaban los almacenes en donde se guardaban los utensilios del servicio contra incendios. En este servicio representaba entonces un papel muy importante el *matoi*, cuya veneración se ha mantenido hasta nuestros días: era algo como nuestras divisas y estandartes, y sólo podían llevarlo los hombres más valientes y más útiles.

En 1721 existían en Tokio 47 asociaciones de bomberos voluntarios, cada una de las cuales al acudir á un fuego llevaba su *matoi* como enseña. Entonces, como ahora, los *matois* eran colocados en caso de incendio en los sitios más amenazados, y cada asociación se agrupaba en torno del suyo y avanzaba con sus herramientas para combatir el fuego.

Siendo tan terribles como eran los incendios que en los antiguos tiempos assolaban las ciudades japonesas, se exigían naturalmente, así á los oficiales



EL SERVICIO CONTRA INCENDIOS EN EL JAPÓN

Ejercicios de bomberos voluntarios (de fotografía de A. M. Natrajima, Tokio)

como á los demás individuos del cuerpo, rigurosas pruebas de valor y de perseverancia, y esto explica que todos gozaran de consideración y respeto grandes.

Actualmente hay en todas las grandes ciudades del Japón y especialmente en Tokio cuerpos de bomberos profesionales dotados de los aparatos más modernos, al lado de los cuales continúan subsistiendo los cuerpos voluntarios, no sólo en las capitales, sino que también en pequeñas aldeas del interior. El cuerpo voluntario de Tokio cuenta 1.640 individuos.

Estos cuerpos de bomberos voluntarios entran en funciones cuando las campanas tocan á fuego, y sus individuos visten trajes de tela de algodón recia y

negra y para defenderse del calor del incendio usan gruesos guantes y sandalias.

Los aparatos de que estos cuerpos se sirven son: escaleras de bambú, bombas movidas á mano, picos, horquillas, cubos, etc.

El cuerpo de bomberos de profesión de Tokio, la capital del imperio, constituye desde 1880 una sección especial de la prefectura de policía, y su personal consta de un director, de 26 inspectores de incendio, 18 inspectores de bombas, 150 individuos afectos al servicio de éstos y 50 caballos. Los oficiales van montados.

El servicio de incendios está distribuido en la capital en una guardia principal, dos guardias secundarias bajo la dirección de la anterior, seis guardias presididas cada una por un inspector de incendios y encargadas del material de carros, otras seis con seis bombas de vapor y seis carros de mangueras, y 100 retenes con cabrias portátiles y mangueras. Dispone además este servicio de 150 cabrias de manguera portátiles, 76 bombas de mano, 40 escaleras de bambú y multitud de aparatos de salvamento de los más modernos sistemas.

El cuerpo de bomberos profesionales usa un uniforme de lana, de corte muy parecido al del ejército japonés.

En cuanto al servicio de conducción de aguas, está en Tokio admirablemente dispuesto.

Ea 1888 se instalaron en aquella capital avisado-



GLORIA, cuadro de Antonio Torres Fuster (Salón Parés)

res automáticos eléctricos, de los que actualmente hay 420, distribuidos en toda la ciudad, en la prefectura de policía, en las guardias y retenes. Estos avisadores no están á la disposición del público, sino que únicamente pueden ser utilizados por los agentes de seguridad y por el personal afecto al servicio de incendios.

Una parte de las bombas que en la actualidad funcionan en Tokio son de fabricación francesa, otras de fabricación alemana, y algunas bombas de vapor proceden de la industria inglesa; pero ya hoy se fabrican bombas, así de mano como de vapor, en aquella capital, especialmente en la fábrica de máquinas y bombas de Ischihara, de donde han salido muchas de las empleadas, no sólo en dicha ciudad, sino que también en otras poblaciones, como Sapporo, Otaru, Toyawo, etc.

Hace algunos meses el gobierno japonés envió á Alemania para estudiar el servicio contra incendios al Dr. Matsui, director. El Dr. Matsui permaneció seis semanas en Berlín, en la guardia principal de Lindenstrasse.

Actualmente prosigue su viaje de información por Alemania y Austria, habiendo visitado Hamburgo, Bremen, Erren, Colonia, Aquisgrán, Francfort, Viena y Budapest.

FEDERICO LEYBOLD,

Real Inspector del Cuerpo de Bomberos de Berlín.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
prescrito por los Médicos en los casos de
— ENFERMEDADES DE LA PIEL —
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extrajero.

PÍLDORAS MOUSSETTE
Neuralgias, Jaqueca, Ciática.
CLIN y COMAR — PARIS
En todas las Farmacias.
650

PÍLDORAS DEFRESNE
A LA **PANCREATINA**
Adoptada por la Armada y los Hospitales de París.
DIGESTIVO el más poderoso el más completo
Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los feculentos.
La PANCREATINA DEFRESNE proviene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestion.
POLVO - ELIXIR
En todas las buenas Farmacias de España.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

APIOLINA CHAPOTEAUT
SALUD DE LAS SEÑORAS
(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)
Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.
PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

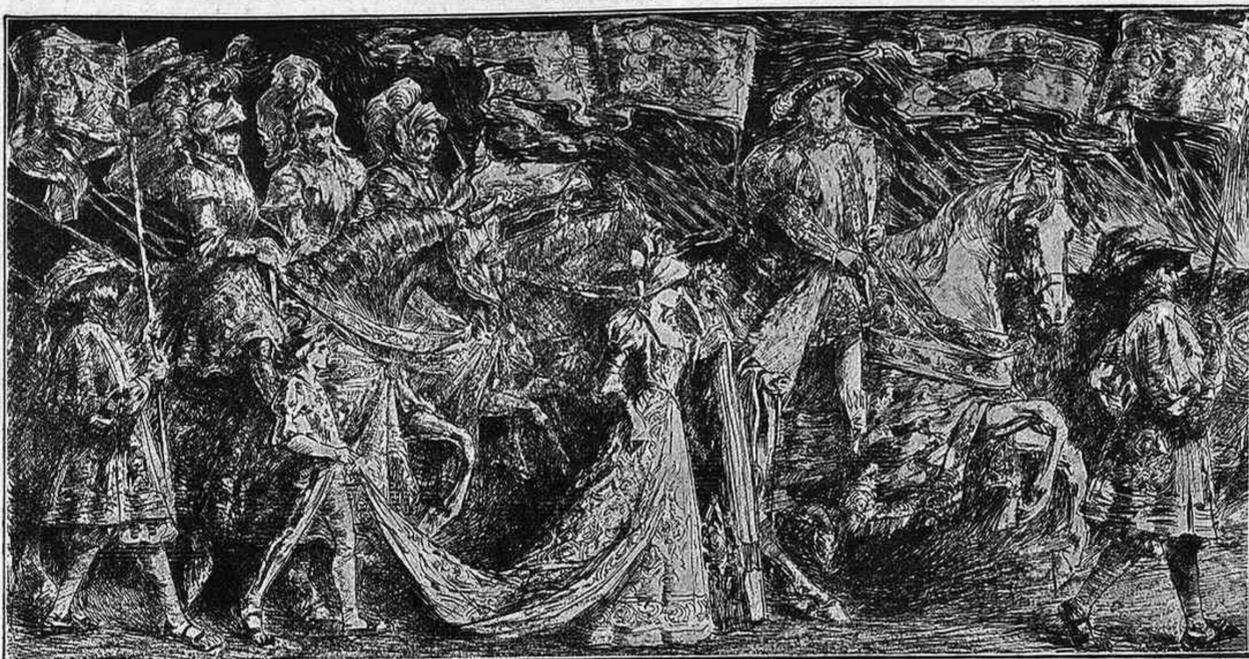
Frasco 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès,
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOCES, EFLORESCENCIAS, ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso.
B^{is}-Dermatol

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas.
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN y todas Afecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO y PLATA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.



BOCETO DE PINTURA DECORATIVA PARA EL RESTAURANT DEL PRÍNCIPE, DE LONDRES, obra de Enrique C. Brewer

LIBROS

ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES O EDITORES

IDEAS MÉDICAS ACERCA DE LA ATMÓSFERA DE SUCRE, folleto publicado por el Dr. D. José M. Arayo. — Impreso por M. Pizarro. Sucre.

CONFERENCIA SOBRE EL SISTEMA DESITILOSCÓPICO, por Juan Vucetich. — Interesante folleto con ilustraciones, impreso en La Plata (República Argentina).

EL APÓSTOL BLANCO, drama en cuatro actos, por Ramón Pomés. — Un tomo impreso por Mesures y Borrás, Barcelona. Véndese a una peseta cada ejemplar.

ANUARIO DE LA ASOCIACIÓN DE ARQUITECTOS DE CATALUÑA PARA 1901. — Un tomo ilustrado, conteniendo interesantes estudios y noticias. Véndese a cinco pesetas cada ejemplar.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes a los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm 61, París. — Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTACION
FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTACION.
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

AVISO A LAS SENORAS
EL ANIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLOROSIS
VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida a la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerías.

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fábrica, Espediciones : J.-P. LAROZE & C^{te}, 2, rue des Lions-St-Paul, a Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Venta anual de los Productos Nestlé
39 millones de botes.
Harina Lacteada NESTLÉ
ALIMENTO COMPLETO para Niños y Viejos.
Contiene la Leche pura de Suiza.
Consumo diario de Leche: 184,000 Litros.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curada por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY
destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**

(c) Ministerio de Cultura 2006